

NICOLA GORI

ESTOY DE ACUERDO

La Sierva de Dios
MAGDALENA VOLPATO
de las Hermanas Hijas de la Iglesia

Madrid, 2013

PRÓLOGO

«Nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos» (Jn 15,13). Sor Magdalena, identificándose totalmente con su Maestro y Señor, nos ha dejado un luminoso testimonio de amor efectivo y objetivo. Testimonio que hoy es decisivo y urgente, sobre todo entre los jóvenes, por la gran confusión que existe sobre qué es verdaderamente el amor y, la tentación fácil de reducir su resplandor al plano afectivo y subjetivo nada más.

«Sed santos», nos ha dicho el Papa sin medias tintas, en su reciente e inolvidable visita. «¡Poned a Cristo en el centro de vuestra vida! Construid sobre Él el edificio de vuestra existencia» (Benedicto XVI, *Homilía en el parque de San Julián*, 8 de mayo de 2011). La Iglesia de Venecia, que recientemente llevó a término el itinerario canónico diocesano para la Causa de Beatificación y Canonización de la Hermana Magdalena Volpato, la reconoce como don precioso, una ocasión privilegiada para incitar el deseo de la santidad.

Ya el Papa Pablo VI decía que el hombre de hoy tiene más necesidad de testimonios que de maestros.

En un tiempo como el nuestro, caracterizado por la vuelta a una religiosidad fundamentalmente natural y por tanto pagana, la senda maestra de la misión de la Iglesia es el testimonio. Sin embargo, el testimonio de los cristianos divididos es, sin duda, poco creíble (cf. Jn 17,23) y se presta, inexorablemente, a convertirse en un pretexto para hacer indiferentes a nuestras poblaciones del compromiso con relación a Jesucristo y con relación a Dios.

Hermana Magdalena, herida por la tragedia de la división entre cristianos y encendida por la pasión de la unidad, respondió a la gracia de la vocación con un ímpetu de ofrecerse totalmente, ofrenda que Dios quiso secundar a través de la prueba del sufrimiento, de la enfermedad hasta el sacrificio supremo.

En el dolor, se manifestó gozosa porque se abandonó totalmente en las manos de su Señor: «Pero yo no me arrepiento, ¿sabes? Soy feliz. Me basta que me dé la fuerza». Sabe de la fecundidad de su ofrecimiento: «¡Por la Iglesia! El sufrimiento aceptado con amor tiene un valor inestimable para la Santa Iglesia».

Esta biografía, en la fiel y fluida narración de Nicola Gori, da ampliamente cuenta de cuanto he dicho.

Espero que, en el no fácil pero irrenunciable trabajo de diálogo ecuménico, pueda ser conocida y apreciada por el mayor número posible de personas y que pueda suscitar, sobre todo en los jóvenes, una radicalidad semejante en el seguimiento del Señor.

CARD, ANGELO SCOLA

Patriarca de Venecia

Venecia, 19 de junio de 2011

Solemnidad de la Santísima Trinidad

PRESENTACIÓN

Magdalena es una mujer joven sencilla y sobria que llega a nosotros a través de estas páginas para hablarnos de la belleza que tiene entregarse a Jesús en la Iglesia, poniéndose a su servicio con total dedicación, sin reservarse nada para sí.

El Señor satisfizo su gran deseo de pertenecerle totalmente a Él como religiosa y la condujo a nuestra Familia, en la que como *Hija de la Iglesia* llevó a término su aventura de amor, ofreciendo su vida por el gran ideal de la unidad de los cristianos.

En su pueblo natal, aún viven muchas personas que la conocieron personalmente, que conservan en el corazón sus palabras, sus gestos y que recuerdan su sencillez, su actitud en la oración constante, su laboriosidad tanto en casa como en el apostolado parroquial.

Magdalena supo acoger en el tejido de lo cotidiano los acontecimientos gozosos y dolorosos como signos de la bondad de Dios.

No hay nada de espectacular en su historia, y sin embargo, su personalidad irradia un gran encanto; su sonrisa nos tranquiliza; es una invitación a confiar y a fiarse del Señor, como hizo ella, que supo entrar con Jesús en el misterio del dolor por la salvación de los hermanos.

El ofrecimiento de su vida para apremiar la unidad de todos los cristianos, según el expreso deseo de Jesús en su oración sacerdotal, nos interpela fuertemente, especialmente en nuestro tiempo fragmentado y desorientado ante los valores cristianos.

Nosotras, como salvaguardas de la memoria de su sacrificio, deseamos que sean muchas las personas que puedan encontrarla y se contagien de su pasión –que es la misma de Jesús– de realizar el proyecto de comunión a la que toda la familia humana está llamada, y de la cual nosotros como cristianos debemos ser la primicia visible.

Sor MARÍA TERESA SOTGIU
Superiora General de las Hijas de la Iglesia

INTRODUCCIÓN

¡Estoy de acuerdo!: un título singular para la biografía de una Sierva de Dios, sin embargo, es el más apropiado para contar a los lectores la historia humana y espiritual de Magdalena Volpato (1918-1946), perteneciente al Instituto de las Hijas de la Iglesia.

El estar de acuerdo expresa muy bien su naturaleza profunda y su actitud interior hacia Dios, hacia la Iglesia, hacia el prójimo.

Desde niña se caracterizó por la sencillez, la pequeñez y la confianza firme en Jesucristo. En el primer encuentro con el Señor queda irradiada por su amor y por su gracia hasta tal punto que ya nunca se apartará de Él, en quien fundó toda su existencia.

Fue sencilla, como lo eran los demás miembros de la familia donde nació: campesinos de aquella población véneta, afable, trabajadora, tenaz, solidaria que dio a la Iglesia innumerables santos, papas, obispos y vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa. Ella también recorrió el camino de cuantos optaron por seguir a Jesús en la ruta que Él trazó. Podemos, sin duda, contarla entre los pequeños del Evangelio que han comprendido las cosas reveladas por el Padre, escondidas a los sabios de este mundo (cf. Mt 11,25).

Nada mejor que las palabras de San Pablo: “Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo, para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios lo débil del mundo, para confundir lo fuerte. Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios; lo que no es, para reducir a la nada lo que es” (1Cor 1,27); este texto concuerda con la existencia de Magdalena. La acción de la gracia en ella fue en muchos aspectos oculta, incluso para quienes la trataban, pero la semilla sembrada por el Espíritu en su alma germinó y produjo frutos abundantes.

A los ojos de sus contemporáneos, en efecto, su vida exteriormente se caracterizó por la sencillez, casi sin relevancia, al contrario, su interioridad era una mina de valores y de riqueza espiritual. Quedó impresionada de la vida de santa Teresa del Niño Jesús y del Rostro Santo y la eligió como su hermana mayor a quien imitar e invocar. Siguiendo sus pasos, aprendió el abandono incondicionado a la misericordia y a la voluntad de Dios; aprendió a sacrificarse por los demás y a dar un complemento de amor a la existencia en el acontecer cotidiano y en la relación con cuantos encontraba en su camino.

La bondad resplandecía en su comportamiento; jamás desapareció de su rostro esa sonrisa que reflejaba serenidad interior, el estar en las manos de Dios, el sentirse por Él protegida y amada. Una sonrisa que dio testimonio, más que cualquier otro gesto o palabra, de su íntima unión con Cristo, a quien sometió su felicidad.

Entre las virtudes evangélicas que más asimiló, están la humildad, la sencillez, la transparencia de vida y, particularmente, la adhesión sin reservas al proyecto de Dios sobre ella. Su “sí” según el ejemplo de María, fue incondicional y repetido en toda ocasión, incluso en aquellas situaciones que le ocasionaban más sacrificio y sufrimiento.

“Sí” a cuantos le pedían ayuda, su intervención, su oración. “Sí” al servicio de la comunidad parroquial preparando a los niños para los sacramentos, en la Acción Católica y en el oratorio. “Sí” al Señor que la llamaba a seguirlo en la consagración religiosa, a través de un itinerario lleno de obstáculos. “Sí” a la vocación de Hija de la Iglesia. “Sí” a la inesperada inspiración de entregar la vida por la unidad de los cristianos. “Sí” sin arrepentimiento por el ofrecimiento en su carne, como Jesús.

Un interrogante surge espontáneamente: ¿por qué tanto sufrimiento? ¿Por qué ella que es inocente? He ahí la comparación con el Cordero sacrificado e inmolado (cf. He 6,32); es lo que más se parece a la realidad. Cuando sus hermanas iban a visitarla, se acercaban con un cierto sentido de respeto, de veneración –se diría–, de homenaje a aquella joven que se asemejaba al Hombre de dolores. El Señor construyó su obra de salvación ante aquel aparente fracaso humano, ante la victoria de la enfermedad física de esta joven valiente y llena de entusiasmo. Es del costado abierto del Crucificado que brota la gracia de la misericordia y del perdón y es del cuerpo martirizado de Magdalena que llega el impulso para promover la Unidad de los cristianos.

El título *Estoy de acuerdo* viene nuevamente con fuerza a la mente como la imagen de un ofrecimiento continuo y la perseverancia de hacer el bien al precio que sea y contra cualquier obstáculo que se interponga en el camino; es el mensaje y la invitación de Magdalena a hacer de la propia vida un don total a Dios y a los hermanos, es decir, a recorrer en la cotidianidad el camino alternativo de las bienaventuranzas, del trigo de grano que muere y da mucho fruto (cf. Jn 12,24).

Así como los testigos que hablan de ella, también nosotros en este libro encontraremos una compañera de viaje, una amiga sencilla y acogedora, pronta para escuchar y que hará lo posible e imposible para ayudarnos.

Queremos agradecer en primer lugar al Cardenal Angelo Scola, Arzobispo de Milán, por el prólogo del libro. Nuestra gratitud también a sor María Teresa Sotgiu, Superiora general de las Hijas de la Iglesia, y a sor Giuseppina Audasso, Postuladora general, por habernos permitido tener este contacto con Magdalena y descubrir los tesoros de su extraordinaria y, al mismo tiempo, normal vida. Asimismo, nuestra gratitud a todas las Hijas de la Iglesia, que han acogido la herencia espiritual de esta joven hermana inmolada para apremiar la unidad entre los miembros del Cuerpo Místico.

Deseamos a todos los lectores que se dejen fascinar por esta humilde Hija de la Iglesia.

LOS ORÍGENES

En las tranquilas y verdes campiñas de la región véneta (Italia), en Gobi, una pequeña localidad de San Alberto, en Zero Branco (Treviso), nace Magdalena Volpato el 24 de julio de 1918. Eran los años oscuros de la Primera Guerra mundial y la frontera de Treviso, a causa de la posición geográfica, se encontraba muy cerca al lugar del combate. Los campos y la población véneta tuvieron que sufrir mucho en aquel momento: pobreza, desnutrición, dificultades económicas y sociales, luchas, heridos, desaparecidos. La familia de Magdalena vivía de la agricultura, era pobre pero cultivaba con dignidad nueve campos arrendados con los cuales ganaban el sustento. Sus padres se llamaban Francisco Volpato y Teresa Gobbo, casados el 23 de marzo de 1901. En el transcurso de estos años de matrimonio ya habían nacido ocho hijos, cinco niños (Domingo, Carlos, Juan, Rodolfo –vivió solamente seis meses– y Adolfo) y tres niñas (Fosca, María y Mercedes). Magdalena fue la novena, a quien le siguió otra niña, Gelsomina. La familia acogió más tarde a una tía soltera, Magdalena Gobbo, hermana de la madre. La pequeña fue bautizada con los nombres de Magdalena Rosa, el 28 de julio, en la iglesia parroquial de San Alberto, por el párroco Padre José Galván, teniendo como padrino Vicente Gobbo.

El ambiente familiar era sereno, aunque no faltaban las dificultades por el hecho de tener que alimentar tantas bocas. Los padres eran buenos cristianos: su moral era conocida por todos, eran los primeros en dar ejemplo de las prácticas religiosas y de un comportamiento conforme a los preceptos del Evangelio y de la Iglesia. Nunca se puso en discusión el hecho de compartir lo poco que tenían; a pesar de su pobreza, la madre ayudaba a quienes pedían su ayuda y de esta manera enseñó a sus hijos a que hicieran lo mismo. Ninguna intemperie hubiese impedido a la familia dirigirse a la cita dominical con la Eucaristía. En la tarde se regresaba a la Iglesia para la oración de las Vísperas, después en casa, alrededor de la chimenea, especialmente en los meses de mayo y de octubre, se rezaba el Rosario. En el pueblo todos conocían la honestidad y la rectitud de los Volpato y los tenían en buena estima.

Magdalena creció en este ambiente, ciertamente de austeridad pero rico de piedad y de fe. Desde pequeña se sentía atraída por las cosas de Dios; los hermanos a quienes no les pasaba desapercibido su comportamiento, testificaron que era amante de la oración, devota de la Virgen, que se retiraba a los rincones de la casa para permanecer en

silencio delante de la imagen de Jesús. Tenía un carácter tranquilo y sereno a diferencia de sus hermanos, y era obediente en todo cuanto le pedían sus padres. Estaba siempre disponible a ayudar y lo hacía sonriendo. No era del tipo de enfadarse fácilmente; más bien, cuando había riñas entre los hermanos, siempre buscaba restablecer la paz. Esto no significa que no fuese una chica vivaz y llena de alegría, lo que transmitía a quienes encontraba en su camino.

Su hermana Fosca recordaba el temperamento de Magdalena así: «Tenía un carácter bueno, dulce, condescendiente. Sabía dominarse. No recuerdo nunca haberme peleado con ella. Con los hermanos no suscitaba discusiones, al contrario, si surgía cualquier desacuerdo, buscaba poner paz. También con los extraños se comportaba muy bien. Comenzaba siempre su jornada con la Santa Misa, aunque hiciera viento o lloviera». Y aún más: «Cuando era pequeña y yo la acompañaba a la iglesia, me hacía gracia escucharla conversar toda contenta». Asimismo, la hermana Mercedes ratificó la amabilidad del carácter de Magdalena: «Tenía un temperamento bueno y dulce, hasta tal punto que era un gusto conversar con ella. Tenía un carácter volitivo, por lo tanto, cuando se trazaba una meta, buscaba alcanzarla. Con los padres y superiores se comportaba con respeto y obediencia. Con nosotros, en cambio, con afabilidad y amabilidad». También el hermano Carlos la recordaba como buena, obediente, muy paciente y, enfáticamente, subrayaba: «era muy charlatana, sabía bien lo que decía y los padres reían al escucharla, se sorprendían de que una niña tan pequeña dijese cosas que no se podían pensar».

La pequeña Magdalena asistía al catecismo parroquial y, bien preparada por Padre Galván, recibió el Sacramento de la Confesión. Se preparó diligentemente para recibir el Sacramento de la Eucaristía y el 19 de junio de 1924, solemnidad del *Corpus Domini*, hizo la primera comunión. Desde aquel día la vida de Magdalena cambió radicalmente. Estaba feliz de haber recibido a Jesús en su corazón y no veía la hora de volver a recibirlo nuevamente. El descubrimiento de que en el Tabernáculo estaba la presencia de Jesús que la amaba la impulsaba a ir frecuentemente a la iglesia, pero sin descuidar sus deberes o compromisos con la familia. Proseguía la preparación a la vida cristiana a través de lo que se llamaba “la doctrina”. El 2 de agosto de 1925, en la parroquia de San Alberto, recibió el Sacramento de la Confirmación de manos del beato Jacinto María Longhin, obispo de Treviso. La madrina fue Redenta Zugno.

Entonces fue enviada a la escuela primaria. En el primer y segundo curso, Magdalena asistió a clase en un barracón de madera, que se encontraba en la localidad

de Bertoneria, no lejos de donde residía; para el curso tercero tenía que ir al centro de San Alberto, a unos dos kilómetros de su casa. No tuvo más oportunidad de estudiar porque en aquel tiempo el cuarto de primaria solamente lo había en Zero Branco y los jóvenes de las regiones más lejanas quedaban excluidos. En su recorrido escolar Magdalena «aprovechó los distintos cursos con normalidad» y fue «diligente en sus tareas», como testificó Fosca, su hermana mayor.

Después de los tres cursos de primaria, se dedicó a tiempo completo a los deberes familiares, a las labores de casa, ayudaba a su hermana modista, y cuando era necesario colaboraba también en los trabajos del campo. Cada día iba a la iglesia para participar en la Misa y en el catecismo, ofreciéndose a la vez para acompañar a otros niños. Dionisia Alessandrini –la más pequeña de cuatro hermanitos huérfanos– recuerda que Magdalena, por entonces de unos nueve años, pasaba a recoger a ella y a su hermana, ayudaba a la abuela a prepararlos y juntos iban a la iglesia.

En 1930, al anciano Padre José Galván, quien hasta ahora había sido el párroco de San Alberto, le sucedió el enérgico Padre Mario Ceccato. El nuevo pastor buscó inmediatamente la implicación de los adolescentes y jóvenes en la vida parroquial comenzando por la celebración solemne de la comunión. Magdalena, con su hermana Gelsomina, se hizo notar por el nuevo párroco gracias a su puntualidad, la devoción y el entusiasmo en la participación en todas las celebraciones y reuniones parroquiales, a pesar de lo lejos que quedaba su casa de la parroquia.

En la región del Véneto, la instrucción cristiana se llevaba a cabo hasta los doce años; al terminar, los chicos tenían que presentar un examen en público sobre “doctrina cristiana” y, después de realizar un retiro, todos juntos renovaban las promesas bautismales; chicas y chicos, de hecho, entraban en la edad de la responsabilidad y a los más listos se les podían confiar encargos en el ámbito parroquial.

La comunión solemne fue una meta importante para Magdalena, que la vivió con gran devoción. Ingresó en el grupo de las Hijas de María y en el de la juventud femenina de la Acción Católica. El párroco, viendo su madurez espiritual y su disponibilidad, le pidió que le ayudara especialmente en la enseñanza del catecismo a los niños y para ello la puso como asistente de María Maggesti, una joven del pueblo, nueve años mayor que ella, quien ya era catequista. Este fue un compromiso del que Magdalena ya no quiso desentenderse.

Con su carácter humilde y dulce, se hizo querer mucho por los niños que venían a la iglesia de San Alberto y que después de tantos años todavía conservan el recuerdo vivo

de su relación con ella, tan lleno de calidez y humanidad aún siendo muy joven. Dionisia Alessandrini lo evocaba así: «Delante del altar de la Virgen se acercó a mí, me acarició y me llevó al grupo de las niñas. Después fuimos a un aula donde se hacía la catequesis. Recuerdo que hacía frío y ella me calentó las manos con las suyas. No teníamos aula con calefacción pero ella nos hacía jugar: – ¡batid las manos!– Nos enseñaba a cantar, a rezar el Rosario. Nunca olvidaré su bella sonrisa, esa manera tan bonita de enseñarnos a rezar y a estar recogidas».

María Maggesti se acuerda de aquellos años y retrata a Magdalena así: «Era una joven tranquila, reflexiva y prudente. Ciertamente no era extrovertida. Yo era delegada de las aspirantes de Acción Católica; habitaba lejos de su casa, pero la conocía como aspirante. Puedo testificar que tenía una piedad fundamentada; lo afirmaba también el señor párroco. Fue delegada y asistente de los niños de la catequesis y si yo faltaba me suplía; cuando me fui del pueblo, tomó mi puesto en la enseñanza del catecismo. Hacíamos el *Vía Crucis* el viernes y, cuando no se podía realizar ese día, se hacía en domingo. Esto no era obligatorio pero era aconsejado por la dirección de la Acción Católica. Un grupito de las mejores aspirantes se quedaba para hacer el *Vía Crucis* conmigo. Recuerdo especialmente que ella y dos de sus compañeras, a pesar de vivir a tres kilómetros de distancia de la iglesia, esperaban espontáneamente a que terminase la asistencia de los niños al oratorio, de manera que yo también estuviera libre para rezar el *Vía Crucis*, porque el oratorio de las niñas terminaba una hora antes. Así terminaba el domingo. Magdalena fue siempre obediente, siempre estuvo serena. Sus familiares me decían que también era obstinada, sobre todo en lo relacionado con la piedad: nadie podía retenerla en casa, y cuando ella podía, es decir, cuando terminaba con sus labores domésticas, para no disgustar a sus padres, iba a la iglesia por la mañana así lloviera, nevara o hiciera buen tiempo».

Mientras tanto, la vida en casa transcurría serenamente aunque los problemas económicos no faltaban. Magdalena ayudaba tanto en las tareas del hogar como en las del campo. El primo Vanzetto Secondo cuenta que, cuando Magdalena trabajaba en el campo con los hermanos y la hermana, frecuentemente cantaban con tal gusto y armonía que los transeúntes se detenían a escucharlos. También Romana Durigon refiere: «Magdalena estaba siempre alegre. Por entonces, los hermanos Volpato iban juntos a trabajar a los campos y recuerdo cuando cantaba Magdalena con ellos, porque tenía un timbre de voz hermoso».

Su hermana Fosca era modista y Magdalena le ayudaba en los últimos retoques, permaneciendo despierta hasta más de la medianoche bajo la luz de una pequeña lámpara de aceite.

Magdalena era una joven que estaba constantemente disponible para quien le pidiese ayuda o consejo. En vez de asistir a las fiestas, prefería visitar a los enfermos o estar en el oratorio para ayudar al párroco durante la recreación de los más pequeños. Junto con las amigas iba a visitar habitualmente a una joven gravemente enferma que pertenecía a las Hijas de María. Narra una testigo: «Magdalena, cuando iba conmigo a visitarla, me decía: “piensa qué es lo que te espera en el Paraíso”».

Para Magdalena participar en la santa Misa era lo primero del día, lo más importante y lo que vivificaba el resto. Ella a menudo se tomaba momentos para orar en soledad y en la noche, en cambio, implicaba a toda la familia con el rezo del Rosario que ella misma dirigía.

Giovanna Sartor, amiga íntima, que después fue religiosa de las Hermanas Dominicas de santa Catalina, recuerda aquel periodo así: «Nuestra infancia la hemos pasado juntas» –comenta la señorita Sartor, quien fue después sor Editta entre las Hermanas Dominicas de santa Catalina de Siena, profesoras y enfermeras–. «Nos encontrábamos frecuentemente en el tiempo libre. Juntas hacíamos las prácticas de piedad. Los domingos, como yo vivía más lejos de su casa, ella me esperaba y juntas, caminando tres kilómetros, llegábamos a la parroquia. Felices por estar lo más posible juntas para dialogar sobre nuestros proyectos, para intercambiar nuestras impresiones de la lectura de la vida de los santos que llevábamos del oratorio a casa: Bartolomea Capitanio, Gemma Galgani, *Historia de un alma* de santa Teresita, san Luis Gonzaga, Domingo Sabio, Bertilla Boscardin, y nos animábamos recíprocamente a imitar la vida de los santos que habíamos leído. Magdalena hablaba siempre de entregarse al Señor y hacerse santa.

Al regresar de la iglesia, añadido al agradecimiento, recitábamos el Santo Rosario. Después de las Vísperas y del cuidado a los niños que tenían recreo, nos deteníamos en la iglesia para rezar el *Vía Crucis*. Después, solas, regresábamos a casa, sin ninguna clase de miedo a pesar de que fuese tarde y oscuro. Nuestra fiesta era la iglesia». Y precisaba la hermana Sartor que su sacrificio de ir cada día a Misa y a la comunión, no obstante el camino y la intemperie, era para «obtener del Señor, la fuerza necesaria para vivir bien y conocer bien su voluntad respecto a nuestra vida, porque sentíamos que el Señor quería algo especial de nosotras».

LA LLAMADA

De los episodios de su primer periodo de vida, como también confirmaba la Madre María Oliva Bonaldo, Fundadora de las Hijas de la Iglesia, se percibía que Magdalena había sido llamada por Dios desde niña. Advertía y seguía sus llamadas a hablar con Él, a ocuparse de sus cosas. Su opción de consagrarse a Él fue natural: creciendo con la edad, maduró la conciencia de querer ser toda de Dios y la secundó con adhesión y determinación.

Su familia también se había dado cuenta que su comportamiento era diferente al de sus hermanas y al de las otras jóvenes de su edad.

De los testimonios resulta evidente que Magdalena, aunque adolescente, estaba segura de aquello que quería ser y demostró madurez y determinaciones que no eran comunes a su edad.

Giovanna Sartor evoca: «Su vida la pasaba entre su casa y la iglesia, no buscaba otras diversiones. Puedo decir también que aunque no tenía aún doce años, mi hermano Pascual, de unos dieciocho años, se enamoró de ella, porque se había dado cuenta de su madurez superior a la edad que tenía y de una gracia que conquistaba. La pidió a sus padres, dispuesto a esperar la edad conveniente. El papá se lo comentó a la hija, que respondió de inmediato con un no, declarando que ella quería ser religiosa».

Pero ¿cómo realizar ese sueño de consagrarse a Dios? Antes que nada, debía obtener el permiso de sus padres para poder buscar un instituto donde fuese acogida. En la espera se mantuvo sumida en la oración y se abandonó a las manos de la Virgen María. Hablaba a menudo de Dios y disfrutaba toda ocasión para invitar a los otros a comportarse moralmente bien y a no cometer pecados.

Magdalena tenía entonces unos trece años y no conocía directamente a las religiosas porque en su pueblo no había. Se dirigió a la señorita Maggesti, con quien tenía confianza y podía hablar abiertamente de las cosas de Dios, para preguntarle a qué edad se podía entrar en el convento y lo que se debía hacer. Relata María Maggesti: «Yo le respondí que hablara con el reverendo párroco y que siguiera sus consejos. Así hizo ella y otras dos. El párroco les respondió que eran muy pequeñas y que no se *calentaran la cabeza* porque había tiempo y que no hablaran del tema al menos por unos años. Pero ellas continuaron importunándolo cada dos o tres meses». Magdalena y sus dos

compañeras no se esperaban una reacción contraria del párroco, quien, dada la edad de las jovencitas, pensaba que eran muy jóvenes para tomar una decisión así.

Las cosas, sin embargo, se dieron diversamente porque María Maggesti, que trabajaba en el Hospital civil de Treviso, se enteró de que las Hermanas Dominicanas de Santa Catalina de Siena, profesoras y enfermeras, aceptaban a las aspirantes jóvenes en el Albergue Zalivani que administraban en la ciudad. De esta manera, las jóvenes podían discernir su vocación, trabajar y familiarizarse con la vida comunitaria.

«Un día, llenas de entusiasmo –recuerda María Maggesti– vinieron a Treviso y fuimos donde la Superiora, que respondió que las aceptaría en cuanto tuviesen el certificado del párroco. Su alegría era desbordante, pero el párroco dijo que no haría ningún certificado, porque eran muy jóvenes y no quería cometer una imprudencia, temiendo que se retiraran como habían hecho otras. Por un año intentaron persuadirlo, pero él se mantenía en su resolución. Mientras tanto, la Superiora vino al Hospital civil de Treviso, donde yo trabajaba, diciéndome que las aceptaría bajo mi palabra». Giovanna Sartor recuerda que en aquel periodo persuadieron a sus madres para que las acompañaran, a pie, al Santuario de la Beata Virgen de la Cornuda (a unos 35 kilómetros de San Alberto): «La gracia que pedíamos era poder entrar en el convento. Aquella peregrinación la hicimos con verdadera alegría».

Convencidos, al menos los padres, las dos amigas de Magdalena, Adalgisa De Marchi y Giovanna Sartor, entraron como aspirantes en el Albergue Zalivani; Magdalena, en cambio, tuvo que esperar aún porque en su familia tenían necesidad de ella y sus padres no le daban el permiso. Su espera duró unos siete meses; después, en la primavera de 1933, acompañada por su padre y su hermano Carlos, llegó también ella al aspirantado de las Hermanas de Santa Catalina de Siena. Su alegría se sintetizó en esta frase: «¡Por fin me han dejado venir!».

Antes de partir, dialogó en privado con Dionisia Alessandrini, a quien le quedaron impresas algunas consideraciones: «De la vocación de Magdalena a la vida religiosa recuerdo que, en un cierto momento, en la parroquia ya no se le vio más. A mí me había dicho que quería hacerse religiosa y que iba donde las hermanas para hacer una experiencia de la llamada. Me había dicho también: “ora por mí”».

La permanencia de Magdalena en el Albergue Zalivani duró tres años, hasta principios de marzo de 1936. ¿Cómo vivió este periodo? Primero de todo, es importante anotar que permaneció en aquel ambiente como aspirante y no llegó a ser postulante

dominica; en cambio, Giovanna y Adalgisa, sí. Durante su permanencia en el Albergue demostró sus mejores dotes: obediencia, caridad, disponibilidad, humildad y prontitud al cumplir las tareas encomendadas. Su comportamiento no pasó desapercibido por las Superiores, que pensaban que podía quedarse con ellas.

Para la confesión y la dirección espiritual las aspirantes iban donde los Padres Carmelitas Descalzos, que tenían un convento en Treviso.

Testigo de aquel periodo fue Giovanna Sartor, quien compartió con ella la experiencia en el Albergue: «Aquello que sobresalía en ella era el espíritu de piedad, por lo que me parecía que fuese un ángel, y su obediencia era evidentemente ejemplar. Estaba siempre alegre, cantaba (cuando era permitido); su expresión era verdaderamente angelical. Sus ojos eran reflejo de su íntima alegría. Cumplía con gran entusiasmo y amor los servicios que se le encomendaban (limpiar el suelo, lavar los platos, echar agua a las flores, servir a los huéspedes y a las viejecitas del Albergue, etc.). Demostraba una atracción particular por Jesús Eucaristía; de hecho, al atardecer bajaba por las escaleras e iba a adorar a Jesús y, cuando tocaba limpiar la iglesia, lo hacía con pasión».

Estaba siempre dispuesta a ayudar a las ancianitas y a las enfermas huéspedes del Instituto y trataba de tomarse para sí los trabajos más pesados con el fin de aliviar el trabajo de sus compañeras. Una de sus ocupaciones principales era el servicio de la lavandería y de la cocina, sin descuidar sus compromisos espirituales para discernir la voluntad de Dios sobre ella y para comprender si debía ingresar en el convento de las Dominicicas, como se lo confió años más tarde a sor Odilla Mocellin: «Había entrado en el Instituto Zalivani de Treviso para prepararse, en parte, su dote con su propio trabajo y también para ver si el Instituto estaba hecho para ella». Nada de extrañamiento para una joven de quince años que se estaba abriendo a la vida y quería entregársela totalmente a Dios y a los hermanos.

Ciertamente no se había olvidado de los afectos familiares y de su pueblo, y cuando hablaba de su parroquia y de la catequesis que hacía a los niños le entraba un poco de nostalgia.

Después de los tres años, llegó para las jóvenes el momento de vestir el hábito de las postulantes y continuar la formación para llegar a ser Hermanas Dominicicas. Magdalena, contra todo pronóstico, dijo que ella regresaba a casa, con la esperanza de ingresar donde las Carmelitas.

PUERTAS CERRADAS

¿Qué había afectado el ánimo de Magdalena? María Maggesti cuenta saber por ella misma que el confesor carmelita «la habría preparado para que fuera religiosa carmelita de clausura porque, según él, el espíritu carmelitano correspondía más a la vocación de Magdalena».

Indudablemente, Magdalena era devota de Santa Teresa del Niño Jesús y había leído con pasión la *Historia de un alma*. Aquel libro había llenado interiormente a la joven sedienta de infinito. Su espiritualidad quedó marcada para siempre por la “*pequeña vía*” de Teresita: abandono confiado en los brazos de Cristo, sentido de pertenencia a la Iglesia, Madre y Maestra, vocación al amor y a la donación total. No se puede comprender plenamente a Magdalena sin considerar el luminoso influjo que tuvieron en ella el ejemplo y el pensamiento de Teresa de Lisieux.

Sin embargo, hubo otra circunstancia, narrada por sor Sartor, su amiga más cercana: la tía materna Magdalena Gobbo, quizá desde hacia mucho tiempo con depresión, manifestó algún signo de trastorno mental. «Sabíamos que si en la familia había una enfermedad de este tipo, debía comunicarse a la Superiora. La mañana siguiente fuimos a Misa a la Virgen Grande y mientras yo escuchaba la Santa Misa le aconsejé de ir donde el Padre Basilio, carmelita que yo conocía, para pedirle consejo. El Padre le dijo de comunicárselo a la Madre Superiora, y que en el caso que la mandasen a casa él se encargaría de la situación. Al regresar al Albergue siguió el consejo del Padre comunicándoselo a la Superiora. La Superiora, siguiendo el reglamento, tuvo que mandarla a casa; ella sintió mucho tener que aplicar las disposiciones del reglamento, porque estimaba mucho a Magdalena. Le disgustaba perder a una persona que hubiese sido un don precioso para la Congregación. Puedo testificar que la Sierva de Dios nunca estuvo enferma».

Giovanna, la amiga del corazón, testificó cómo Magdalena vivió aquel momento difícil: «Antes de hablar con la Madre me había dicho que le gustaba nuestro Instituto y que amaba mucho a Santa Catalina de Siena, pero que si el Señor le cerraba aquella puerta, esperaba que Santa Teresita le ayudase a entrar en el Carmelo. Verás, me decía, que el Señor me ayudará, porque el obstáculo no lo he puesto yo».

Los familiares acogieron muy bien y con alegría el regreso a casa de su hija Magdalena, que ahora ya tenía diecisiete años y que no tuvo ninguna dificultad al

retomar su vida de antes y de ponerse nuevamente al servicio de la parroquia. Fue un periodo breve pero intenso. Una amiga suya, Victoria Vecchiato, describe el nuevo fervor que impregnaba a la joven en aquel tiempo: «Era la delegada de las benjamins de la Acción católica, participaba en el curso de las maestras de catecismo, asistía conmigo al oratorio masculino, enseñaba el catecismo, ayudaba a los niños a la confesión semanal. Iba a la Santa Misa todos los días y a la Santa Comunión».

Como era su costumbre, no se ahorró ningún esfuerzo sea al ayudar a la familia, sea al colaborar con el párroco. Su naturaleza la llevaba a servir a los necesitados, por esto nunca se cansaba de darse en casa y de ayudar de todas maneras en la parroquia.

Muchos son los testimonios de su compromiso en ese sentido: cuando iba a la iglesia para las celebraciones, reunía a los niños que habitaban en las casas a lo largo del camino y los acompañaba a la Misa o al catecismo. Se esforzaba en presentar a los niños la verdad de la fe cristiana para acompañarlos bien a la Primera Comunión.

Pierina Sartor, que fue su ayudante en las lecciones de catecismo, después de mucho tiempo escribió: «En San Alberto éramos muchos, había muchos niños y niñas, jóvenes que iban a la iglesia. Padre Mario era muy activo, tenía numerosas iniciativas para realizar con la juventud. Había muchos grupos: las Hijas de María, la Acción Católica subdividida en asociados, aspirantes, benjamins; había monaguillos, miembros para la adoración del Santísimo Sacramento; también tenía el oratorio dominical. Recuerdo las Cuarenta Horas con los turnos de adoración; cada uno iba a la hora que le correspondía y se iba con la cinta y la medalla del propio grupo. Recuerdo también el *Vía Crucis* viviente que atraía a mucha gente. En la parroquia estábamos dirigidos por el párroco. Él lo organizaba todo y cada uno tenía su misión. Magdalena estaba entregada a la vida parroquial. Generalmente ella iba a Misa y Gelsomina, su hermana más joven, se quedaba en casa cuidando de los patos. Magdalena iba siempre a pie a la parroquia desde el Zero, llevando consigo niños y niñas; estaba enamorada de la Iglesia. Estaba siempre contenta; todos se sentían muy bien junto a ella, siempre presente, sonriente, tan tímida y tranquila. Lo hacía todo bien, siempre con una sonrisa y feliz; mostraba una actitud dulce con todos, y con su sabiduría prestaba atención a todo. Magdalena tenía una sonrisa única que no la he visto nunca más en nadie. Vestía entonces casi más de religiosa que de una joven de su edad; sobre todo, vestía de oscuro, con el cuellito blanco, muy limpio. Recuerdo su capa que también era oscura; sus cabellos no eran tan largos y los llevaba recogidos».

Igualmente Bruno Durigon, que en aquella época frecuentaba el oratorio, puso en evidencia la asistencia de Magdalena al oratorio masculino, donde acompañaba a los chicos después del catecismo para que se divirtieran corriendo, saltando, riendo, pero sin hacerse daño, y recuerda que su comportamiento se diferenciaba del de las otras jóvenes: «Era distinta, se destacaba de las otras muchachas: llevaba las faldas más largas, vestía más de color oscuro». Su actitud exterior reflejaba su búsqueda de Dios y sus coetáneos se daban cuenta. En efecto, cuando los jóvenes que trabajaban en el campo, silbaban a las jóvenes que pasaban por el camino hacia el pueblo, no lo hacían con Magdalena por su comportamiento digno y recogido.

Dionisia Alessandrini recuerda con simpatía algunos episodios de su vida: «Cuando tenía once o doce años, desde San Alberto nos fuimos, de toda la circunscripción, a Treviso a una Jornada diocesana de las Hijas de María, que se realizó en San Nicolás, hacia mayo-junio: mi abuela mandó a una modista coser, para mi hermana y para mí, el vestido blanco de las Hijas de María. Pero Magdalena no tenía medios para mandar hacer el vestido y el párroco, Padre Ceccato, le prestó un abrigo de sacerdote, para que también ella pudiese participar en aquel encuentro. También aquel día oré, leí en la iglesia, teniendo a Magdalena a mi lado que me animaba. De Magdalena recuerdo en particular que en su gran caminata, llevaba el rosario en la mano y oraba. Recuerdo que un día, entre nosotras, jóvenes, hicimos una colecta para que se procurase una bicicleta».

La veía pasar siempre con su bicicleta – confirma Susana Tortora, otra de sus amigas comprometida en la parroquia–. Se encontraba uno bien con Magdalena: era alegre, siempre con aquella sonrisa. En la iglesia la recuerdo con un comportamiento muy digno. Se distinguía de las otras como una que tenía la verdadera vocación de entregarse totalmente a Jesús, por amor, como una esposa enamorada. Estaba convencida de su opción. No sé quién podría estar más convencido de su vocación de ser religiosa. Era modesta, sencilla, humilde, quizá no sabía hablar mucho, pero en su interior era grande».

Los testimonios de sus paisanos son unánimes al afirmar que la oración ocupaba el primer lugar en su vida. No perdía ocasión para elevar la mente a Dios también a lo largo del camino: delante de una imagen de la Virgen, de cualquier santo o de un Crucifijo se detenía a orar.

En aquel periodo ciertamente no olvidaba su deseo más grande: ser religiosa y, cada vez que se acercaba al confesor en Treviso, renovaba su petición. El carmelita descalzo, su director espiritual, viendo que las cosas se iban retrasando y que no era fácil encontrar un monasterio de clausura que la acogiese sin dote, la dirigió a donde las Hermanas Terciarias Carmelitas de Santa Teresa de Florencia, fundadas en 1872 por la Beata Teresa María de la Cruz. En Treviso las religiosas tenían una casa filial importante e iban a la iglesia pública para la adoración eucarística perpetua, día y noche.

Magdalena no dudó ante la puerta que Dios le abría: entrar en un instituto carmelita que la acercaba a Teresa de Lisieux, su santa preferida, y la adoración de Jesús en la Eucaristía la atraían fuertemente. La madre María Oliva, años después, confirmó que la joven había «deseado ser de Santa Teresa del Niño Jesús y seguir su ejemplo, en el espíritu de recogimiento y de oración».

Magdalena, por lo tanto, ingresó en las Hermanas Terciarias Carmelitas de Santa Teresa en Campi Bisenzio (Florencia) en el Instituto “*Corpus Domini*” en la calle Rucellai, el 7 de junio de 1937, junto a otra joven de Treviso. Sintió de manera diferente la separación, en esta ocasión definitiva, de la familia, de las amigas, de la iglesia de su pueblo, pero estaba finalmente en el convento para consagrarse a Dios y su sueño se estaba realizando.

En aquella comunidad, enteramente dedicada a la adoración eucarística perpetua, las postulantes ayudaban en los servicios varios de la Casa y sostenían con las hermanas la adoración nocturna al Santísimo Sacramento. Vestían un hábito negro con una mantilla corta.

Tristemente la permanencia de Magdalena en el Instituto duró poco más de tres meses; el 19 de septiembre de 1937, a causa de una poliserositis, tuvo que ser enviada a casa con gran tristeza para ella. La decisión es comprensible porque ninguna congregación religiosa que hubiese sabido de su estado de salud la habría acogido.

EN ESPERA

Podemos imaginar el sufrimiento que vivió Magdalena al tener que regresar a su casa. Los familiares, en cambio, estuvieron muy contentos de volver a tener entre ellos a su hija y no hicieron de ello ningún drama, pues la única preocupación de sus padres era su salud. Por este motivo, no querían que volviese a pensar en ser religiosa, porque sus condiciones físicas no se lo permitían. Lo primero que pensaron fue en curarla. Su hermano Carlos frecuentemente la acompañaba en bicicleta a Badoere donde el doctor Dalla Palma para su tratamiento. La enfermedad era visible porque le había dejado un vientre muy inflamado.

De ese periodo y de la causa del regreso a la familia, su hermano Juan, explicando la frustración de su hermana al querer ser religiosa, cuenta: «:La primera vez pensábamos que era muy joven; la segunda desafortunadamente su frágil salud se lo impidió. Continuó por tanto su vida de ama de casa y de apostolado como antes. No suscitó ninguna sorpresa en el pueblo el hecho de que fuera al convento y luego regresara».

También su amiga Victoria Vecchiato, a su vez forzada por la misma causa a dejar el noviciado de las Hermanas Salesianas, reafirma: «Después de su reingreso en las Hermanas Carmelitas, no podía hacer muchas cosas porque estaba enferma; me sucedió también a mí, porque antes estuve en el noviciado de las Salesianas y después por un periodo enferma. Cuando nos recuperamos, se dio el reencuentro y nos fue posible trabajar juntas hasta 1943. Con las personas amigas y conocidas tuvo siempre un comportamiento delicado y gentil. Con el párroco aunque era un poco duro, fue siempre sumisa a él. Se dedicó al oratorio. Había recuperado su salud pero no del todo».

Aquellos años fueron un periodo fecundo de experiencias humanas y espirituales, desde el apostolado en la parroquia hasta la profundización de la verdad de la fe, a una mayor introspección y abandono en Dios. Magdalena aprendió a dejarse conducir por el Espíritu Santo sin oponer resistencia, fiándose de Él aún cuando no llegase a entender el sentido de ciertos acontecimientos de la vida.

Poco a poco gracias a las atenciones de la familia y por el interés de algunas buenas personas, sus condiciones físicas mejoraron. Una señora, hija de un famoso pintor de la escuela romántica del Véneto, que se enteró por la hermana de Magdalena de su enfermedad, la invitó a pasar el verano al aire saludable del altiplano de Asiago. Cuenta

la hermana de Magdalena, María: «Terminada su estancia en la montaña se quedó conmigo en casa Ciardi (en Quinto de Treviso) por otros quince días. Me ayudaba en las cosas de casa, era experta a la hora de remendar. Los señores la tenían gratuitamente a cambio de estos pequeños servicios que ella hacía. Con los parientes y familiares se comportaba muy bien; sin embargo, sí manifestaba disgusto por no poder continuar en la vida religiosa. Eso sí, sin lamentarse. Se había resignado a la voluntad de Dios, pero de esto no hablaba con nadie. La Sierva de Dios, que en aquella época tenía diecinueve años, al regreso de las Carmelitas, continuó como antes, la vida de apostolado y la vida de piedad. Quedándose en casa se recuperó físicamente. Seguía con los cuidados prescritos por el médico».

El testimonio de la hermana es importante para entender cómo Magdalena se abandonaba completamente a la voluntad de Dios. Al fin y al cabo, esperaba todo de Él, sin hacer proyectos a largo plazo y sin dejarse ir por especulaciones respecto a su porvenir. Sentía dentro de sí la voz de Dios que la llamaba a consagrarse a Él, pero humanamente no era capaz de comprender cómo podría hacer realidad su deseo. En todo caso, no se desanimó: se comprometió con el apostolado en la parroquia y se quedó con la perspectiva de esperar un signo de la voluntad divina. Si el Señor la quisiese religiosa, le hubiese abierto el camino para realizar su sueño.

«A la edad de veintiún años –recuerda la hermana Gelsomina– Magdalena fue a Verona para hacer los ejercicios espirituales, y me llevó a casa un rosario; cuando iba a Misa, yo oraba sin el misalito y ella me llevó uno».

Vivía como una laica consagrada y lo manifestaba en el empeño que ponía en las cosas de la parroquia. La joven era una auténtica contemplativa en la acción, porque su unión con Dios no disminuyó nunca su responsabilidad en los quehaceres diarios. Su manera sencilla y espontánea de comportarse en cada instante y en todas las circunstancias de su vida en relación no sólo con su familia sino con todas las personas que encontraba en su camino, la hicieron clara y transparente como una fuente de agua. Magdalena era la persona que parecía, no tenía máscaras ni doble vida. Quien la veía podía ver en ella un atisbo de una realidad que trascendía el presente y que hacía referencia a otra dimensión. Sus contemporáneos se dieron cuenta que mirándola a ella se entreveía un reflejo de Aquel que era el origen del comportamiento de Magdalena.

María Cazzaro Sartor, vecina de la casa de Magdalena que la buscaba para ir juntas a la iglesia, conservó estos recuerdos: «Era una mujer de una gran fe, iba a Misa todos

los días, para ella tan importante era su vida de fe como la vida en la parroquia, donde ayudaba mucho. Los suyos hubiesen querido que estuviese más tiempo en casa o que tomase un trabajo como sus hermanas, pero ella era obediente a su fe, tenía en su cabeza la idea de hacerse religiosa. No que fuese una holgazana, al contrario, estaba siempre ocupada también en casa. Un ejemplo de su fe para mí era eso. ¡Oraba tanto!; por el camino seguía orando. Cuando ella iba a Misa iba también yo; me gustaba ir en compañía suya, pero algunas veces la dejaba caminar sola porque comprendía que ella a lo largo del camino deseaba orar. Ha orado mucho».

También, Eliseo Carraro, comprometido con la rama masculina de la Acción Católica, conservó vivo en la memoria el ejemplo de Magdalena: «No eran necesarios tantos conocimientos teológicos y bíblicos, porque su fe suplía ampliamente todo. Recuerdo que tranquilizaba a los niños traviosos sencillamente con su calma y permaneciendo algún momento en silencio con la cabeza levantada hacia lo alto como en oración. Me parece verla en la iglesia, de rodillas por mucho tiempo en los últimos bancos, con la mirada fija en el Tabernáculo; permanecía absorta y en profunda meditación, pocas veces –recuerdo– con un libro en las manos: parecía que prefiriese el diálogo directo con Dios. Por esta manera de ser, la llamábamos “la hermanita” y ella nos miraba sonriendo sin decir nada. Sólo una vez –lo recuerdo muy bien–, sonrojándose un poco y bajando la mirada casi para evitar un momento embarazoso, exclamó con una sonrisa: “Bueno, si Dios quiere...”».

Una de las pequeñas de la Acción Católica, Gina Casagrande, recuerda con aprecio la presencia de Magdalena: «Era la catequista más responsable que teníamos, era el punto de referencia para todos. Las niñas íbamos tan a gusto a las funciones y a la “Doctrina”, como se decía entonces, porque estaba ella siempre sonriente y nunca utilizaba la varita. Las maestras mayores, si no nos portábamos bien en el catecismo, si no éramos disciplinados, lo más seguro es que nos dieran una bofetada. Magdalena nunca. Nos hacía jugar mucho y, a turno, al carrusel. Las niñas sentíamos tanto su bondad que nunca llegaba la hora de dejar el oratorio. Llegado el momento de regresar a casa, Magdalena dividía a las niñas en tres grupos: primero dejaba salir a aquellas que vivían más lejos, después a quienes vivían a mitad de camino y al final las que vivían más cerca, de manera que todas llegáramos a casa antes de que oscureciera ».

«En el apostolado –da fe el párroco Padre Mario Ceccato, que conocía bien a Magdalena sea a nivel humano sea a nivel espiritual– puedo decir que era apóstol por vocación. También en el oratorio, los domingos sobre todo, atendía a trescientos niños y

en los jóvenes veía almas de Dios. Estaba inscrita en todas las asociaciones. Era la Delegada de las Aspirantes con espíritu de piedad y apostolado y atentísima con los enfermos de su zona».

«Sosegada y serena, trataba a todos con dulzura; también a los jóvenes, los trataba como lo hace una hermana mayor y con mucha desenvoltura. Era activa en el trabajo y ayudaba en las obras parroquiales sin descuidar las domésticas. Cuando le pedía algún favor, lo llevaba a término aunque le implicase algún sacrificio. Según mi temperamento juvenil, no ahorra llamadas de atención y reproches, y ciertamente tampoco a ella se los escatimé; no recuerdo nunca de haberla visto resentida; hizo cuanto se le pedía sin aspirar nunca a obtener cargos».

«La fe era la norma de vida para la Sierva de Dios, edificante en la piedad y en la práctica de la oración. Mientras estuvo en el pueblo puedo decir que comulgaba todos los días. Cuando podía estaba delante del Santísimo Sacramento. No sé de otras devociones particulares. Su amor por el Señor se manifestaba en todo su comportamiento cotidiano. Sé que sufría cuando escuchaba blasfemar. Estaba encendida de amor por Dios, por llevar las cosas santas: sin ayudas, sin grandes manifestaciones, pero guiada por una gran sensibilidad interior, del gusto por la fe. Su vida se caracterizó por su unión con Dios. Creo que optó por la vida religiosa por amor a Dios y por el apostolado».

En 1941, los tres hermanos, Juan, Carlos y Adolfo, se fueron a trabajar a Alemania y su hermana María se casó con treinta y cuatro años, en octubre del mismo año. También Mercedes dejó la casa por el trabajo; con Magdalena quedaron los hermanos mayores Fosca, Domingo, y la más pequeña, Gelsomina. La tía Magdalena había muerto en diciembre de 1939.

Durante aquellos años, Magdalena vivió la experiencia de fe como terciaria carmelitana. Participaba en las reuniones mensuales de la Tercera Orden en Treviso, junto con su amiga Rosalía Dogao; llevaba en el dedo de la mano derecha un anillo con el Crucifijo y seguía los consejos del director espiritual, el carmelita descalzo Padre Mario Meneghini, quien la guiaba en el conocimiento y en el amor a Jesús. El Padre Meneghini hacía poco tiempo que había llegado al convento de San Juan de la Cruz de Treviso, en calidad de profesor de matemáticas y física. Magdalena se fío dócilmente del joven padre. Fue bajo su guía que tomó el hábito como terciaria, el 23 de abril de 1941; hizo la profesión el 20 de mayo de 1942.

El testimonio del Padre Meneghini es de lo más esclarecedores por lo que se refiere a los años que Magdalena frecuentó la Tercera Orden Carmelitana. «Cuando obtenía el permiso de sus padres para ir a Treviso con un pretexto bueno –ya que sus padres, en parte, se lo obstaculizaban– lo primero que hacía era venir a confesarse. Valoraba y deseaba el Sacramento de la Confesión. Tenía un gran espíritu de fe. Nunca hablaba mal de sus parientes, aunque obstaculizaran su ideal de ser religiosa. Siendo laica, se percibía su fuerte amor por la Iglesia, el deseo del apostolado, el perfeccionamiento de la Iglesia. Era comprensiva y muy paciente con los otros, con los pecadores; si hubiera estado en sus manos, se hubiese puesto en su lugar para aliviarlos un poco; hubiera querido imitar al Señor en su bondad ya que Él era tan bueno con ella. Era siempre respetuosa y gentil; en cuanto a las virtudes cristianas, escapaba siempre de toda forma de exageración, sin criticar nunca a los demás. Ella siempre se sentía impulsada por la convicción del amor de Dios por ella. Que Dios la amaba: de ello estaba convencidísima. La columna vertebral en su vida era el amor de Dios».

La adhesión de Magdalena a la Tercera Orden Carmelitana fue una especie de opción condicionada por la imposibilidad de ser religiosa a todos los efectos. Su gran devoción a santa Teresa de Lisieux y su amor por la Iglesia la indujeron a ser terciaria, cual trampolín para poder algún día consagrarse enteramente. Veía esta profesión como una etapa, una clase de primicia en espera de la total donación a Cristo con los tres votos de pobreza, castidad y obediencia. Vivir en el mundo con el espíritu del Carmelo, la hacía sentir en comunión con todas las almas que hacían parte de la gran familia reformada por santa Teresa de Ávila. Tenía la profunda convicción de que no estaba sola, sino que tenía el apoyo de una comunión espiritual que se manifestaba también en los signos externos, como son el anillo y el escapulario.

Recuerda su amiga Victoria Vecchiato: «Antes de ingresar en las Hijas de la Iglesia, me comentaba confidencialmente que su director espiritual le decía que si no entrara en un instituto religioso se equivocaría de camino. Pero era bastante incierto dado su estado de salud. “¿Qué debo hacer?, me decía, ¿es ésta la voluntad de Dios?”».

LA LLEGADA AL PUERTO

Magdalena, totalmente entregada a Dios según su estado de vida, y al servicio del prójimo, había aprendido a no hacer proyectos para sí. Sin embargo, un acontecimiento nuevo llega a revivir la esperanza de poder realizar el sueño que nunca abandonó en su corazón: María Maggesti, en 1934, había conocido a la Madre María Oliva Bonaldo.

¿Quién era esta Madre que revestirá una importancia fundamental en la vida de Magdalena?

María Oliva Bonaldo había nacido en Castelfranco Veneto en 1893. Después de obtener el título de Magisterio, se dedicó a la enseñanza. Su atención por los pobres era muy grande, tanto que siempre les entregaba su sueldo. Se comprometió con un joven pintor, pero se sentía insatisfecha. El 22 de mayo de 1913, en la solemnidad del *Corpus Domini*, tuvo una iluminación: fundar una obra al servicio de la Iglesia. Su director espiritual no le aconsejó fundar un nuevo instituto, sino más bien ingresar en las Hijas de la Caridad Canosianas. Así lo hizo el 5 octubre de 1920. En 1924 se graduó en Letras y más tarde llegó a ser la Directora del Instituto de Magisterio de las Canosianas de Treviso. No obstante, dentro de sí, sentía encenderse la llamada de Dios a servirlo en una nueva obra y, con el permiso de las Superioras, el 24 de junio de 1938, dio vida en Roma al Instituto de las Hijas de la Iglesia. Ella era un alma intensamente dedicada a la oración y en particular a la adoración eucarística, la cual quiere que esté presente en todas las casas. Desde Roma, la Madre María Oliva se traslada a Treviso con sus primeras hermanas, acogidas por el obispo Mantiero, quien les confió a su cuidado la iglesia de San Esteban. En 1940 abre una casa en Mestre, en la diócesis de Venecia, y en 1941 otra en Ischia (Nápoles). Cuando Magdalena entró en el Instituto había ya una decena de pequeñas comunidades, cada una de las cuales llevaba el nombre de una de las letanías de la Virgen. Las religiosas eran más o menos unas cuarenta. El Patriarca de Venecia, el cardenal carmelita descalzo Adeodato Giovanni Piazza, había provisto la documentación necesaria para la erección canónica de las Hijas de la Iglesia. Pero dos acontecimientos la retardaron: la guerra del momento y la muerte de la Sierva de Dios sor Olga Gugelmo de la Madre de Dios, la más cercana colaboradora de la Fundadora.

María Maggesti fue la primera de las ocho hermanas que se reunieron en torno a la Madre Bonaldo y participaron en los inicios romanos del Instituto de las Hijas de la

Iglesia. Esta misma hermana testificó que, antes de partir de San Alberto a Roma con la Madre Fundadora, fue a visitar a Magdalena, aún enferma en casa, después de su experiencia con las hermanas Carmelitas. Cuenta María Maggesti: «Estaba bastante bien y le dije que se animara porque había conocido a una Reverenda Madre que habría recibido también a personas de salud débil, siempre y cuando no estuviesen enfermas en el momento. Magdalena me respondió que de momento no se atrevía a arriesgarse a ir a otro convento porque temía una recaída y también porque sus padres ya habían gastado mucho dinero para curarla. “De todas maneras, si el Señor lo quiere, ya se verá...”».

Algunos años después un nuevo acontecimiento acercó a Magdalena a las Hijas de la Iglesia: una joven esposa, Augusta Mestrinaro, que vino a vivir con una familia vecina de Magdalena, le refirió que su hermana Savina, en octubre de 1942, había sido aceptada entre las Hijas de la Iglesia, a pesar de ser frágil de salud. Esta noticia dejó en su corazón una gran esperanza: ¿si había sido acogida esa joven, por qué no podía serlo también ella? De repente parecía que todos los obstáculos en el camino de la consagración caían sin reservas.

Al respecto, su amiga Victoria Vecchiato testificó en el Proceso: «Después conoció el Instituto de las Hijas de la Iglesia, que acogía también a jóvenes eventualmente frágiles de salud. Entonces, viendo más clara la voluntad de Dios, hizo su solicitud y fue acogida».

No quedaba más que llevar a cabo todos los pasos para entrar en la que parecía ser la Congregación hecha para ella, aunque no le faltaron dudas y temores respecto a su salud y cómo reaccionarían sus familiares ya que temían por la recaída de la enfermedad y no veían con buenos ojos un nuevo intento de hacerse religiosa.

El testimonio del hermano Juan es importante para entender cómo la joven Magdalena intentó conseguir un mínimo de dote para que no fuera rechazada: «El tiempo en el que la Sierva de Dios ingresó en el Instituto de las Hijas de la Iglesia, yo estaba en Alemania. Me escribió para decirme si podía ayudarla materialmente. Le respondí que ya había probado dos veces para ser religiosa y no había sido posible y que para esta tercera vez lo pensara bien. Ella me respondió que ese era su camino. Entonces le mandé algún dinero a casa. Estuve en Alemania hasta julio de 1943. Cuando ella ingresó en el Instituto de las Hijas de la Iglesia yo ya había regresado de Alemania».

Fue así que a primeros de octubre de 1943, fue a la casa de la comunidad “Mater Purissima” de Trivignano de Zelarino (Venecia), donde se encontraba la sede del

postulantado, para pedir a la Superiora ser acogida entre las Hijas de la Iglesia. Sor Gina Faganello, en aquella época en la casa de Trivignano, vio llegar a Magdalena en bicicleta llevando una carta de recomendación del director espiritual, pidiendo hablar con la Madre general. Dado que la Madre Bonaldo estaba en Mestre, sor Gina se ofreció a acompañarla para que hablara con la Fundadora, tal como atestigua: «Nos encaminamos a pie; ella se apoyaba en el manillar de su bicicleta y por el camino hablaba. Con discreción, pero con un cierto interés me pedía información sobre la obra y escuchaba con complacencia evidente cuanto yo le decía, especialmente aquello que se refería a la venerada Madre, a las lecciones que nos daba, a su método de formación, a nuestras fiestecitas y a la caridad fraterna que nos unía a todas. Cuando escuchó que yo había añadido a mi nombre el de santa Teresa del Niño Jesús se sintió feliz porque ella también lo había deseado. Y así se pasó a hablar de la espiritualidad carmelitana con gran fervor. Me daba cuenta de que hablaba con un alma ya formada y ávida de Dios y de las cosas de Dios».

Apenas llegó Magdalena a Mestre, Madre María Oliva la acogió maternalmente y, después de hablar con ella, decidió que entraría entre sus Hijas en la casa “Santa Dei Genetrix” de Treviso, el 23 de octubre siguiente, durante las primeras Vísperas de San Rafael Arcángel, por quien la Fundadora sentía una gran devoción.

En la breve biografía sobre *Magdalena*, la Madre María Oliva cuenta: «Cuando se presentó la primera vez, humilde y segura, con la mano sobre el manillar de la bicicleta, para que fuese recibida, noté inmediatamente su carácter resuelto. Introdujo con energía su bicicleta en la estrecha entrada, me entregó la carta de su director espiritual y esperó. Me fijé detenidamente en la breve presentación»; y concluye el episodio con el discernimiento que entonces rápidamente hizo: «Sus grandes ojos azules revelaban el haber contemplado por mucho tiempo el cielo, y reflejaban tal plenitud que la acepté inmediatamente». Respecto al estado de salud de la joven, la Fundadora manifestó que en aquella ocasión no había solicitado ninguna información «porque nosotras también aceptamos a personas que no estén completamente sanas, con tal que sean generosas, según el espíritu de nuestro Instituto».

Ya con el consentimiento de la Fundadora de que podía entrar en la Congregación, tenía, en todo caso, que comunicarlo a su familia. Magdalena se llenó de ánimo y habló con ellos, quienes se opusieron con un no rotundo y no concedieron el permiso preocupados por su salud. Para impedirle que se fuese, buscaron todas las maneras para obstaculizarle su partida con la amenaza de no darle la dote necesaria. Al respecto, sor

María Gaidoni, Superiora de la casa “Sancta Dei Genetrix” de Treviso, recuerda: «En una de sus visitas, un poco antes de entrar, se presentó muy perpleja y dudosa. Con la sencillez que la caracterizaba me dijo que sus padres querían impedir a toda costa que fuese religiosa, por un exceso de amor: bien sabían qué tesoro tenían en Magdalena y no querían perderla. El último intento fue el de negarle lo correspondiente a la herencia, esta era la causa de su perplejidad. Entonces, conociendo el pensamiento de la madre sobre este tema, le dije: “¡Oh, Magdalena, no conoces a la Madre! A ella no le importa nada tu dote, ella te quiere a ti para Jesús”. La serenidad reapareció en su rostro e ingresó».

No obstante estas dificultades, la tarde del 23 de octubre de 1943 Magdalena entró en las Hijas de la Iglesia. La celebración fue presidida por el padre Mario Meneghini, que le impuso el escapulario de la Virgen del Carmen y añadió a su nombre de bautismo Magdalena la devoción de “santa Teresa del Niño Jesús”. Como recordaba la Madre María Oliva, no fue escogida la fiesta de santa Teresa de Lisieux ni tampoco la de santa Teresa de Ávila que se celebra el 15 de octubre, y aún así no tuvo ninguna pretensión ni puso ninguna objeción. Su atención estaba centrada en aquel momento tan esperado desde hacía mucho tiempo: ser religiosa.

Asistió a la celebración una compañera suya de la Tercera Orden, Antonietta Barbiero, a quien Magdalena le dijo: «Qué alegría, señorita, justamente hoy, primeras Vísperas de San Rafael». A la semana siguiente entró también Antonietta en las Hijas de la Iglesia.

El desacuerdo con la familia pronto se superó. En efecto, uno de los hermanos de Magdalena después de algunos días se presentó ante sor María Gaidoni y le entregó la dote, 7.000 liras, una suma importante en aquel tiempo.

HIJA DE LA IGLESIA

Comenzó para Magdalena una vida nueva con la insignia de la consagración a Dios en la nueva familia religiosa. ¿Qué ambiente encontró la joven que se disponía a iniciar aquel camino nuevo? Fundamental es el testimonio de la Madre María Oliva, que escribe: «Las Hijas de la Iglesia eran todavía una pequeña familia inexperta en los cánones religiosos, en medio de la Gran Guerra que nos hacía vivir a todos un poco como los pajaritos del cielo, sin proyectos para el mañana. Magdalena se encontró rápidamente a gusto. Comprendió inmediatamente el espíritu contemplativo de la Congregación y nunca fue necesario llamarla a la oración, al coro, al silencio, al recogimiento. Eran oxígeno para su alma. La Congregación sobrevivía como la gente pobre, con el intercambio de la mano de obra y los víveres de unas casitas vénetas a otras y con todos los medios que gracias a Dios tenían, entre ellos la bicicleta. La bicicleta entonces era la dote, y Magdalena había llegado con la suya, contenta de formar parte de una comunidad a la que un conocido sociólogo (Igino Giordani) presentó al público con el título de *Carmelitas en bicicleta*».

Tras el ingreso en la Congregación, residió algunas semanas en Morgano, pueblo colindante con San Alberto de Zero Branco; después, en el Adviento de 1944, fue enviada con otras postulantes a la casa “Mater Purissima” en Trevignano de Zelarino. Magdalena se integró en la nueva comunidad bajo la guía de sor Odilla Mocellin, Maestra de las postulantes y Superiora de la casa sede del postulantedo.

Sor Odilla alimentaba una gran estima por aquella joven que ponía cuanto estaba de su parte para asimilar el carisma del Instituto. En particular su serenidad y humildad eran muy apreciadas por quienes estaban a su lado cada día. El testimonio de la maestra de las novicias es muy significativo: «Para su adaptación no tuvo dificultad, porque a pesar de la estrechez de la casa, se adaptó pronto con sencillez y serenidad. Algunos días después de su llegada busqué hablar a solas con ella; y supe que había tenido la poliserositis, pero que estaba perfectamente curada. Cuando le pregunté, me aseguró que sus padres estaban contentos de su entrada en el Instituto. De hecho, los familiares venían a visitarla. Si bien había recibido órdenes de la Madre General de no encomendar trabajos pesados a Magdalena, la Sierva de Dios me rogó que la dejara

trabajar porque se encontraba bien. En efecto, su semblante era verdaderamente exuberante. Así se alternaba con las otras en el servicio de la lavandería, del guardarropa y de la vigilancia de los niños».

En aquella época las Hijas de la Iglesia tenían a su cargo un jardín de infancia de la parroquia en Trivignano y otro en Morgano. En estos dos sitios, además ayudaban a sus respectivos párrocos en la catequesis y acompañaban a las asociaciones femeninas parroquiales. Esos eran los ámbitos en los cuales Magdalena era más experta, aunque por el momento tenía que atender otras tareas. Antonietta Barbiero, su compañera de postulante, recordaba ese periodo así: «Durante el día se trabajaba en silencio: había quien cosía, quien remendaba, quien intercalaba hojas de maíz para confeccionar sandalias para la comunidad; estábamos en tiempo de guerra. La maestra nos daba la lección o leía o nos explicaba el catecismo; seguía el canto gregoriano. Todo transcurría tranquila y serenamente, todas éramos felices. Recuerdo que a veces nos llamaba para vigilar a los niños del jardín de infancia a la hora del recreo; me parece todavía estar viendo a Magdalena separando a dos que se estaban peleando y mientras tanto sujetaba entre el pulgar y el índice el Rosario y lo iba pasando rápidamente. Oraba siempre. Yo estaba convencida de que estaba muy unida a Dios constantemente y que fuera ésta una costumbre contraída desde hacia mucho tiempo».

Aún sor Antonietta, al recordar algunas anécdotas en las que Magdalena demostraba una sencillez y una espontaneidad singular, dice: «Un domingo por la tarde recibimos una llamada de atención por el desorden; y como reacción, nos fuimos al ático porque allí habíamos dejado en desorden la ropa sucia. Riendo, la recogimos en dos fundas y las cargamos sobre la espalda, una para cada una, con la esperanza de encontrarnos por la escalera con la maestra, pero la maestra no apareció por la lavandería; luego, mientras ordenábamos la ropa, hablábamos del amor de Dios. Así nos olvidamos de la reprimenda y de la tentación de la revancha de nuestro amor propio. Pude explicarme su facilidad al recogimiento que parecía una segunda naturaleza.

Antonietta afirmó después que Magdalena estuvo siempre atenta a no infringir las reglas del postulante: «Con ella no había peligro de faltar al silencio, porque cuando me daba por charlar me sonreía amablemente y callaba, sin dejarme, como hacen las escrupulosas, una cierta amargura en el corazón».

También las otras compañeras del Trivignano recuerdan muy bien la disponibilidad y la dedicación de Magdalena hacia ellas y su delicada atención en las pequeñas cosas. Se ofrecía para planchar los cuellos de seda artificial que las jóvenes vestían, porque a

las otras era imposible que les quedaran bien. También era la primera en llevar los cubos de agua para lavar, a cortar la leña, a llevarla, a lavar la ropa, a limpiar la casa, no obstante haber padecido la poliserositis.

Otra compañera de postulantedo recuerda cómo Magdalena iba asumiendo las enseñanzas de la Fundadora: «Su piedad era sencilla. La Madre nos había enseñado desde los primeros días, con el amor a Jesús y a María, también una tierna devoción a los santos Angeles, y Magdalena los invocaba con afecto fraternal. A propósito de su Arcángel, estuve presente en un gracioso acontecimiento. Una tarde estaba con ella; éramos todavía postulantes y estábamos recorriendo en bicicleta un largo tramo de camino que nos separaba de la casita de los desplazados abierta en octubre de 1943 en Morgano de Treviso. Se desató un gran temporal y rápidamente la calle se llenó de charcos, con el agua bajando a raudales por las cunetas. Temíamos caer en cualquier momento porque llevábamos peso: la noche se hacía cada vez más oscura, entonces nos encomendamos a san Rafael y a los Angeles para que nos ayudaran. Las calles no estaban iluminadas por el toque de queda y sólo la bicicleta de Magdalena tenía una luz, pero no funcionaba. En un cierto momento, en un giro brusco, después de invocarlos, no se sabe cómo ¡se disparó la pinza y se encendió la luz! Sólo los Angeles podían haberla encendido, porque, cuando llegábamos a los alrededores del pueblo donde el camino se hacía más transitable, la luz se apagó sola».

En aquel periodo, las postulantes organizaron para la comunidad representaciones sacras según las celebraciones litúrgicas de Navidad. A Magdalena generalmente le tocaba representar a san José, y lo hacía con gran entusiasmo. Aquellos momentos de cordialidad reflejaban su serenidad interior y el clima de viva familiaridad que se había instaurado entre las compañeras del postulantedo.

A propósito, el testimonio de Madre María Oliva revela que: «Las relaciones de la Sierva de Dios con las superiores y las hermanas fueron sencillísimas, yo diría, casi señoriales. En una jovencita que venía de los campos impresionaba el trato y la expresión de nobleza. Dado su grado de instrucción, la ocupábamos más en las labores domésticas, aunque en más de una ocasión, salía también con las otras hermanas para hacer un poco de apostolado y al mismo tiempo para conseguir alimento para la comunidad, teniendo en cuenta que estábamos en tiempo de guerra. Durante estas salidas, se comportaba de manera ejemplar hasta tal punto de suscitar la admiración de la hermana que iba con ella».

Del 20 al 25 de marzo de 1944, en la casa “Mater Creatoris” de Morgano, Magdalena con once postulantes hizo los ejercicios espirituales predicados por la Madre María Oliva. Fue una verdadera gracia poder escuchar directamente la voz de la Fundadora, sus reflexiones y las orientaciones para su futura vida en comunidad. Magdalena quedó impresionada de la manera tan clara y a la vez profunda con la que la Madre expresaba su pensamiento e ilustraba el carisma eclesial que llevaba en el corazón. Como verdadera enamorada de Cristo, la Fundadora quería que también sus hijas se encendieran de amor por aquel Jesús, Hijo de Dios y de María, Esposo de la Iglesia, que estaba oculto en el Sagrario esperando a las almas para colmarlas de gracias.

EN MISIÓN

Al terminar los ejercicios espirituales, Magdalena, junto con sus compañeras, es enviada a los pueblos del Trevigiano para difundir las publicaciones católicas. El obispo de Treviso, había confiado a la Madre María Oliva sus Cartas pastorales para que las diera a conocer a la gente. Aquel llamar puerta a puerta también era una manera de ganar un poco de dinero, teniendo en cuenta la situación difícil que atravesaba el Instituto a causa de la guerra. Fue ocasión para que Magdalena se reencontrara con sus amigas del pueblo, como lo recuerda Victoria Vecchiato: «La vi una vez durante su aspirantado, cuando la Sierva de Dios pasó cerca de mi casa, porque ella se trasladaba de Morgano a Santa Cristina en busca de “provisiones”; entonces me mandó llamar y yo salí a su encuentro; me saludó y confidencialmente me dijo que estaba contenta de haber sido aceptada por las Hijas de la Iglesia y de estar en su Instituto».

Las postulantes iniciaron la difusión de los documentos del Magisterio puerta a puerta el 26 de marzo en Morgano y las primeras en hacerlo fueron Magdalena y Antonietta, quienes regresaron a casa con un saco lleno de pan casero sobre las espaldas. A propósito de esta iniciativa, la Madre María Oliva, en su biografía se refiere a algunas anécdotas narradas directamente por algunas compañeras de Magdalena: «Recuerdo –es Rosa quien habla– de haber comenzado la propaganda con ella. Tomamos las bolsas pesadas, nos encaminamos, con una actitud de recogimiento y silencio, hasta el ferrocarril, que distaba más o menos cuatro kilómetros, para esperar el tren que debía llevarnos al pueblito que nos habían designado. Por el camino leíamos alguna parte del libro de san Luis Grignon de Montfort, *El Secreto de María*, y al azar nos sale el texto que deja al descubierto el mal que llevamos dentro: “Nosotros, siendo por naturaleza más soberbios que un pavo real, más apegados a la tierra que los sapos, más envidiosos que las serpientes...”. Magdalena me lo explicó con tanta gracia que quedé conmovida y esa impresión la revivo todas las veces que leo o escucho el mismo texto. Mientras tanto llegamos a la estación y, ya en el tren, pronto llegamos al pueblo. Nos dirigimos a la parroquia. Entramos a la iglesia, nos quedamos allí un largo tiempo para buscar el Reino de Dios lo primero. Durante la meditación, leía, miraba al Sagrario, siempre de rodillas, inmóvil: su rostro, para mi sorpresa, era cada vez más sereno y radiante. Al terminar la meditación fuimos donde estaba el párroco para obtener el

permiso de difundir en la parroquia la Palabra de la Iglesia. Obtenido, iniciamos la propaganda. Magdalena la hacía con tanta discreción que mientras se desocupaban las bolsas de libros se llenaban de providencia. Terminado nuestro recorrido, nos encaminamos para el regreso. Esperando el tren nos quedamos debajo de un árbol: mientras tanto vi a Magdalena que se ponía pálida; le pregunté si se sentía mal, pero eran las horas del silencio y sólo me sonrió dulcemente. No sé si su silencio se debía a la observancia, la cual para mí como aspirante no era obligación, o era la reserva delicada que tenía cada Hija de la Iglesia que sólo a la Superiora debía hablarle de sus propios males. Por cuál de los dos motivos había callado, no lo sé; lo que sí recuerdo es que me edificó. Al regreso no logré nunca ayudarla con el peso de las bolsas, porque apenas me las cedía un poco, con mucha destreza sabía quitármelas nuevamente.

Otro simpático episodio de la difusión sucedió en Paese, un pueblo cerca de Treviso. Madre María Oliva había mandado imprimir un millar de copias de la encíclica del Papa Pío XII sobre la Iglesia y enviaba a las hermanas a difundirla entre la gente. Cuenta Ernesta Bonso que: «El párroco nos preguntó quién éramos. Le dijimos que éramos las Hijas de la Iglesia y el párroco: y ¿nosotros quien somos? Magdalena contestó: “Vosotros sois los padres”. El párroco nos preguntó sobre qué es lo que hacen las Hijas de la Iglesia. Magdalena respondió que las Hijas de la Iglesia viven a diario como hijas, los sacramentos de la Iglesia. El párroco nos preguntó de qué hacíamos propaganda, Magdalena le respondió que de la encíclica *Mystici Corporis* y el párroco nos preguntó si sabíamos qué significaba el Cuerpo Místico de Cristo. Magdalena le respondió: “el cuerpo místico de Cristo es la Iglesia toda, el pueblo de Dios”. El sacerdote nos dió la bendición. Lo que más me impactó fue la firmeza en la respuesta de Magdalena».

Durante la Semana Santa de 1944, el 28 de marzo, el grupo de las postulantes es trasladado a Trivignano para prepararse en el silencio y en la oración a la Pascua de Resurrección. Magdalena y sus compañeras fueron testigos oculares del fuerte bombardeo aéreo sobre Treviso y Marghera (Venecia) el mediodía del 7 de abril, que provocó víctimas y daños además de la destrucción de los oleoductos del puerto.

Precisamente en aquellas dramáticas circunstancias de guerra, Magdalena y las compañeras iniciaron su noviciado el 30 de mayo de 1944.

La incursión de los aliados sobre Mestre del 13 de junio siguiente, preocupó bastante al Patriarca Adeodato Giovanni Piazza, quien intervino para que la Comunidad

de las Hijas de la Iglesia se refugiara en Venecia, en el Instituto de las Damas del Sagrado Corazón, ya que desde octubre de 1940 hospedaban a sus hermanas en Roma. Mientras tanto Magdalena continuó su servicio en Trevignano y se dedicó a acoger en la casa “Mater Purissima” a los niños desplazados a causa del bombardeo en Mestre.

El primero de julio siguiente, Magdalena con cinco compañeras, la Madre María Oliva y la Maestra de las novicias se trasladaron a un apartamento en la tercera planta del Palacio Savorgnan, cerca de la Iglesia de San Jeremías, puesto a su disposición por las Damas del Sagrado Corazón. Los locales del Palacio no eran lo mejor: se trataba de tres habitaciones en un amplio ático con una buhardilla que se usaba para tender la ropa. En la planta baja estaba la lavandería, mientras que para la oración iban a la capilla de las Damas. La Madre María Oliva daba las lecciones a las novicias en el jardín.

Fue aquel un periodo de gran incomodidad para la comunidad, pero Magdalena supo transformar aquella situación en un momento de crecimiento espiritual. Ella era quien estimulaba con el ejemplo de vida a las otras al fervor hacia Dios y el servicio al prójimo. No faltaron las dificultades, pero la sabiduría de la Madre María Oliva reconducía todo a la normalidad y al ofrecimiento a Jesucristo. Asimismo, los obstáculos fueron ocasión para dar testimonio de fidelidad a la Cruz y a la Iglesia.

Dado que las novicias no podían molestar mucho con sus entradas y salidas a las Damas del Sagrado Corazón que las hospedaban, iban el domingo con la Maestra a la Misa donde los Jesuitas a “Fundamentos nuevos”; después se quedaban a comer un bocadillo mirando las islas de Murano. Después de este desayuno, se encaminaban por las diferentes calles hacia la iglesia de los santos Juan y Pablo para escuchar la predicación de un dominico, luego se iban a San Marcos para asistir al pontifical. El 15 de agosto durante la proclamación de las lecturas sonó la alarma de la incursión aérea y el canónico que cantaba hizo un tono tan extraño que las jóvenes a duras penas contuvieron la risa. El 8 de diciembre, con la Basílica llena, ocurrió el mismo episodio y el mismo tono discordante, al cual le siguió un trino y como un relincho similar al del caballo. Las novicias se quedaron como de piedra. Habían sido Magdalena y Mariottina quienes habían hecho aquellos dos sonidos tan divertidos, pero nadie creía que hubiese sido Magdalena, por lo cual consideraron solamente culpable a la otra.

A Magdalena le complacía estar en compañía y transmitir alegría. De hecho, tampoco perdía oportunidad para hablar de Dios, ni siquiera desdeñaba la risa y las bromas inocentes. Por otra parte, estaba tan inmersa en la presencia divina que para ella era natural en toda acción que realizaba reconducirla a Él. Así como hablaba a las

hermanas de las cosas cotidianas, explicaba también la esencia de los actos de amor, como hizo con Antonietta Barbiero... en la lavandería. A la pregunta de Antonietta de cuántos actos de amor hacía al día, Magdalena le respondió: «Algún centenar». Sor Antonietta entonces, le pregunta de nuevo: ¿pero cómo haces para saberlo si es tan difícil contarlos?». «Tengo mi manera», le respondió Magdalena, que contaba los actos de amor con dos rosaritos¹ que llevaba consigo. Un diálogo similar tuvo con Ernesta Bonso mientras ella y Magdalena iban a por la sopa en la cocina. La joven novicia le preguntó en qué consistían los actos de amor, dado que se consideraba inexperta y quería que le enseñase a amar al Señor. Magdalena le respondió: «El acto de amor viene del corazón y de la mente, es el corazón que canta al Señor espontáneamente, sin fatiga, las melodías más bellas: el Señor lo es todo para el alma que lo ama». Una respuesta que dejó pensativa a la hermana y que hizo reflexionar también a cuantos supieron de este coloquio.

¹ En América, camándula.

HACIA EL ABSOLUTO

El verano de 1944 fue una estación caliente en todos los sentidos: los bombardeos de los aliados se hicieron poco a poco más intensos y el riesgo de ser víctima de cualquier ataque era muy fuerte. El grupo guiado por la Madre María Oliva sufría la falta de alimentos como tantas otras familias; por otra parte, difundir entre el pueblo la enseñanza de los obispos y del Papa era un apostolado propio de las Hijas de la Iglesia. Ciertamente no eran los mejores momentos para irse de viaje e ir de puerta en puerta, pero Magdalena, junto con sus compañeras, por lo menos dos veces a la semana se aventuraba a salir, confiando en la Providencia. Las seis novicias partían del Palacio Savorgnan, tomaban el tren en la estación de Venecia, bajaban en el enlace Mira-Mirano y allí se dividían: dos iban hacia Milán, dos hacia Dolo y dos hacia Mira. Se encaminaban por los caminos rurales para llegar a los pueblitos más lejanos; obtenida la autorización del párroco, presentaban de casa en casa la carta pastoral del obispo o la encíclica *Mystici Corporis* y recibían en compensación un poco de caridad. Regresaban por la tarde cansadas y con sufrimiento al escuchar de la gente lutos, pérdidas, ruinas causadas por la guerra. Pero también habían confortado a alguna persona y obtenido víveres para la comunidad, y eran felices por este resultado.

A lo largo del camino, Magdalena siempre trataba de llevar la mayor carga de los libros o de los víveres para suavizar la de su compañera de misión, especialmente si era más joven, como es el caso de Rosa, Antonietta, Ernesta o Angelina.

«Una tarde –recuerda una de ellas– llegamos al puente de Mestre y sonó la alarma. Los soldados intentaban frenar los pocos vehículos que pasaban lanzándose como ratones: se oía el zumbido de los aviones de reconocimiento. ¿Qué hacer? Quedarse es peligrosísimo. Hay depósitos grandes de carburante. Mientras tanto, de aquellos depósitos sale un autobús antiguo lleno de obreros. Se detiene a duras penas refunfuñando: no hay más espacio; entramos con nuestras maletas pesadas y, cuando estaba a punto de partir, llegaron Magdalena y Angelina. Dos obreros bajaron y se quedaron colgando por fuera del autobús, sujetados únicamente por los brazos de sus compañeros... Nos conmovimos hasta saltarnos las lágrimas. Les prometimos orar por ellos. En la Plaza de Roma, sonaron las sirenas y cesaron las alarmas, entonces fueron los obreros quienes nos dieron las gracias».

Un día el obispo de Treviso había mandado poner aparte un saco de frijoles para las Hijas de la Iglesia, y tocaba ir a recogerlo. Magdalena y una de sus compañeras partieron por la tarde en tranvía y se encontraron con una ciudad desierta. Por la mañana temprano partieron con el saco de legumbres y tomaron nuevamente el tranvía que las dejó a la entrada de Mestre, porque más allá no se podía ir a causa de los bombardeos. De las palabras de la testigo se percibe la disponibilidad tan grande de Magdalena al servicio y a ayudar a las otras a sobrellevar las dificultades: «Echamos al hombro nuestro peso y nos fuimos. Llegamos al puente, suena la alarma: pocos obreros del turno de noche saltan los binarios y huyen al descampado desolado de la laguna. Los aviones ya estaban encima nuestro. “Vayamos también nosotras allá abajo”, sugirió Magdalena, pero las piernas no obedecían y tampoco queríamos abandonar nuestras legumbres... Volvimos a tomar nuestro peso y nos dirigimos hacia un muro en el cual estaba escrito “Almacenes generales”, a cien metros de los almacenes de combustibles. Magdalena me hizo reír con la aventura de los frijoles, nuestro único refugio en aquel momento trágico. Cuando cesaron las alarmas, en veinte minutos estuvimos en casa y no se rió más, porque pocos minutos después en marítima caía una lluvia infernal de bombas».

Cuando la recogida de víveres era buena, Madre María Oliva compartía la Providencia con algunos partisanos detenidos en la cárcel de Santa María la Mayor. Para llevar el pan y otras cosas encargaba a Magdalena y a Antonietta, quienes con su rostro sonriente e inocente no despertaban sospechas entre los policías.

«En aquellos días de luto, de luchas partisanas y de guerra –recuerda sor Antonietta– Magdalena participaba con toda su alma sensible y oraba y ofrecía sus sacrificios por los soldados que perecían y por los hebreos». Magdalena se preocupaba por los sufrimientos de la gente, «oraba especialmente por los soldados combatientes, y recordaba de manera particular a los hebreos perseguidos y a los prisioneros. Nunca escuché que hiciera un juicio sobre los beligerantes. Oraba por la paz». Ninguna pena o sufrimiento le era extraño, con mayor razón cuando palpaba los daños provocados por la violencia y por el odio; a cada mal contraponía la misericordia y el amor de Dios y trataba de hacer sacrificios para que la paz de Jesucristo reinase nuevamente en Italia y en el mundo.

Una señora hebrea, cuyo hijo había sido deportado a un campo de prisioneros, era huésped de las Damas del Sagrado Corazón. Magdalena quedó impresionada por el

sufrimiento de aquella pobre mujer y para consolarla hizo lo único que podía hacer: orar insistentemente por ella, por su familia y por todos los hebreos.

No faltaron ocasiones para dedicarse a la oración, no sólo personal sino comunitaria. A partir de octubre de 1944, por deseo de Madre María Oliva, las novicias comenzaron a hacer turnos diarios de adoración delante del Santísimo Sacramento que estaba expuesto en la iglesia de San Julián, cerca de la Basílica de San Marcos. A Magdalena le había sido asignado el turno del mediodía a las dos de la tarde junto con Angelina. Las dos jóvenes se encaminaban por las calles y puentes, más o menos, una media hora; después de la adoración, regresaban a casa para el almuerzo. Les esperaba una comida frugal: muchas patatas, un poco de sopa y galletas agujereadas, porque el pan racionado se acababa pronto, una rebanada de queso que era tan delgada que parecía transparente y, ocasionalmente, verdura. Todo esto era lo que tenían a disposición.

Desafortunadamente, a Magdalena, una gran prueba estaba por sobrevenirle: su estado de salud comenzó a empeorar, aunque en ese momento nadie dio importancia a los síntomas que revelaban el mal que la estaba minando internamente. En el mes de noviembre, Magdalena comenzó a sentirse cansada, lenta en los movimientos, hinchada y apática. Le apareció un forúnculo en la mejilla izquierda y el cuello comenzó a encorvarse. La Madre María Oliva le decía repetidas veces que se pusiera derecha, pensando inicialmente que hubiese tomado una postura inadecuada.

Un día, cuenta sor Odilla, la maestra de noviciado, se acercó a ella y le mostró una especie de nuez que sobresalía externamente. Preocupada por aquel extraño síntoma, Madre María Oliva hizo que un especialista examinara a Magdalena, pero éste no encontró ningún síntoma alarmante que hiciera pensar que tenía una enfermedad grave. El Doctor dijo a sor Odilla, que acompañaba a la joven novicia, que estuviera tranquila; lo que sí le recomendó fue ejercicio porque estaba con sobrepeso.

Magdalena continuó así la vida del noviciado, sin ser liberada de ninguna fatiga. Subía por las escaleras el agua extraída del pozo, lavaba la ropa, llevaba a término cualquier encargo que le era confiado. La Fundadora para seguir la prescripción del médico y creyendo de hacerle un bien, la exoneró de encargarse del guardarropa por considerarlo muy sedentario y confió Magdalena a la hermana ecónoma, con la responsabilidad de ayudarla materialmente en el abastecimiento.

Por su parte, Magdalena creyó en las palabras del médico y en los consejos de la Madre, y aunque tenía dolores, no puso objeción alguna, sino que sufrió en silencio. Recuerdan sus compañeras: «Estuvo siempre serena en el sacrificio continuo que se requiere en tiempos de guerra, especialmente ella, de aspecto saludable y robusto. Me había hecho la idea que era casi insensible al sufrimiento, en cambio, en una ocasión en la que ella pensaba que nadie la estaba mirando, la encontré bañada en lágrimas y la oí decir entre sollozos “¡por ti, Señor, sólo por ti!”. Al bajar las escaleras, se veía la rigidez en sus movimientos, especialmente del cuello, pero siempre sonriente. En seis meses de postulando no la vi nunca con el rostro sombrío. Llorar y reír a la vez sí, porque no era nada flemática. Una vez, distribuyendo el trabajo de la lavandería, nos advirtió con vivacidad: “¡lo que hagáis hacedlo bien!”, pero enseguida y sonrojada añadió: “Excusadme, hermanas, me he equivocado”».

La casa de las Hijas de la Iglesia en Treviso, se cerró en diciembre de 1944 a causa de los bombardeos. Un día a Magdalena y a Jole de la Virgen de la Salud les encargaron ir a recoger algunas cosas. La narración de Jole es importante para comprender la realidad dramática de aquel tiempo y el sufrimiento oculto de Magdalena: «En la Plaza de Roma no circulaba ningún vehículo por una alarma; nos animamos mutuamente, habíamos comenzado el largo puente orando. Se había unido a nosotras una pobre mujer que llevaba consigo una pequeña maleta y se la cambiaba continuamente de mano. Inmediatamente la ayudamos: era sal y parecía plomo. También la pobre Magdalena, después de varios intentos, tuvo que dejarlo. Mientras tanto, habíamos llegado a Marghera. No había ningún tranvía allí ni en Mestre porque no había cesado la alarma. De nuevo nos pusimos en camino, esta vez más livianas de peso, porque la pobre mujer se había alejado para ir a vender su sal. El cansancio se comenzaba a sentir y entre un misterio y otro del rosario, se buscaba algún medio de fortuna. Cerca de Mogliano vimos venir un borrico y su buen patrón nos invitó a subir a su carruaje, que nos pareció más cómodo que un sillón. Ya en Treviso, desapareció todo cansancio. Iglesia y casa estaban en pie. Regresamos por la tarde, aún en tranvía, ¡por gracia de Dios! La Madre nos esperaba angustiada: inmediatamente nos confortó y concluimos la jornada con una clamorosa recreación. ¡Este paseíto Venecia-Treviso lo he recordado mucho tiempo después! Y también a la heroica hermana Magdalena, de quien no salió de su boca ningún lamento ni por el cansancio ni por el frío ni por la maleta pesada que le mantenía

rígida la columna vertebral y le hacía cambiar de color. Toda la jornada había sido una oración permanente. Veo su rostro delante de mí: sereno, tranquilo, siempre sonriente».

Se confirma el estilo de Magdalena: sufrir en silencio y llevar sobre sí los problemas de los otros, olvidándose de lo que le costaría en términos de salud.

OBEDIENCIA Y AMOR

Magdalena se estaba formando como religiosa en la escuela de la Madre María Oliva, quien daba indicaciones, orientaciones, consejos a las novicias a través de las lecciones, conferencias, escritos o hablando familiarmente con ellas. Como auténtica Madre tenía cuidado de que las jóvenes llegaran bien formadas según el carisma del Instituto y listas para afrontar los desafíos que la vida religiosa les conllevaría.

Consejos, advertencias, exhortaciones y reclamos de la Fundadora, algunas veces a través de la Maestra, fueron recopilados por Magdalena en una especie de catálogo con el título de “Santas obediencias”. Se trataba de una especie de vademécum que pasaba de novicia a novicia, para tenerlas siempre en cuenta y para saber cómo comportarse en las diferentes circunstancias como una auténtica Hija de la Iglesia. Algunas veces eran enseñanzas que nacían de una exigencia eventual, otras veces eran invitaciones confidenciales que la Madre María Oliva hacía. Bien, Magdalena seguía fielmente estas “obediencias” como una guía para orientarse en el camino de la vida religiosa.

Vale la pena transcribir este vademécum, porque en la vida de Magdalena fue un instrumento precioso de donación completa a Dios y a la Iglesia. Algunas advertencias están incluso en su dialecto, otras pueden hacer reír, pero en el fondo está la exigencia de conformarse a un modelo que es el del servicio y del don de sí por amor a Jesucristo.

1. Orden en mi persona, en la celda, en todo.
2. Silencio absoluto
3. Hablar en voz baja.
4. No rascarse la cabeza.
5. No tomar la comida con estrépito.
6. No dar órdenes a nadie.
7. Ser delicadísima con la Madre.
8. Ser puntualísima.
9. Estar en la iglesia con las manos juntas.
10. No apoyarme en el banco desde la consagración hasta después de la comunión.
11. Dejar siempre en orden el baño.
12. Ir siempre por los lados de la escalera.
13. Apagar siempre las luces.

14. Guardar en todo la santa pobreza.
15. No hablar nunca a solas, por reverencia, con el sacerdote.
16. Dejar preparadas por la noche las señales del Misal y del Oficio.
17. Poner en orden las medias al acostarme.
18. Seguir litúrgicamente la Santa Misa.
19. No hablar nunca en la iglesia si no es por extrema necesidad.
20. Sonreír siempre.
21. Ordenar alguna cosa de las hermanas sin que nadie se dé cuenta.
22. No hablar de la propia familia con los seglares.
23. Limpiar bien el peine cada ocho días.
24. Lavar el cuello cada día.
25. No tener en la cajita² más que las cosas necesarias.
26. Hablar en italiano.
27. Estudiar cada día el catecismo.
28. No andar por la casa a medio vestir.
29. No mostrarme cansada o desfallecida.
30. No hacer apostolado fuera de la obediencia.
31. No usar las cosas de las demás sin su permiso.
32. No poner los codos sobre la mesa.
33. Cerrar suavemente las puertas.
34. No expresar el parecer cuando nadie lo ha pedido.
35. Hacer propósitos prácticos en la meditación.
36. Seguir al pie de la letra cuanto dice la Madre.
37. Tener caridad con las hermanas.
38. Ser generosa.
39. Rezar bien todas las oraciones.
40. Seguir las oraciones con el libro.
41. No hablar durante la lección.
42. Escribir la sigla CJJC.³
43. Tener cuidado con los libros de la comunidad.
44. Apreciar las cosas más desagradables.

² En los comienzos, las Hijas de la Iglesia no tenían armarios o maletas sino una sola cajita de cartón.

³ *Cor Jesu Janua Coeli*, Corazón de Jesús puerta del cielo: sigla escogida por la Fundadora para poner en los escritos de las Hijas de la Iglesia.

45. Recoger la ceniza cuando falte al silencio.
46. No pedir cosas por carta sin permiso.
47. Antes de entrar en casa dar un beso al Corazón de Jesús.
48. Escribir siempre el propósito de la meditación.
49. Al primer toque de campana, llevar el Misal, el Oficio y el velo.
50. Tener las manos a la altura de la cintura.
51. Recibir las órdenes de rodillas.
52. Pedir de rodillas lo que necesito.
53. Besar la tierra cuando hable en el dormitorio.
54. No tirar ningún papel por la ventana.
55. No pasar las hojas del misal por el borde de las páginas.
56. Rezar el Rosario entero cada día.
57. Recitar el Magnificat por la mañana y por la tarde.
58. Hacer la cama siempre de la misma manera.
59. Leer cada día las obediencias.
60. Ir a Jesús por María.
61. Ser puntual al horario de la comunidad.
62. No tener agujas ni alfileres clavados en el vestido por delante.
63. Doblar la ropa que se ha de mandar a la lavandería.
64. Inclinar la cabeza al pronunciar el nombre de Jesús.
65. Cerrar la puerta de la sala.
66. No hacer ruido al colocar los objetos.
67. Acusarme inmediatamente después de haber cometido alguna falta.
68. No mirar al plato de las otras en la mesa.
69. No toser más de tres veces en la iglesia.
70. No hablar con las profesas sin permiso.
71. Obedecer sin reticencias.
72. Querer siempre y escoger aquello que no me gusta.
73. Guardar religiosamente la compostura en el tren.
74. No colocarse en el puesto de las superioras ni de broma.
75. Ocupar en la iglesia siempre el mismo puesto.
76. Evitar ruidos fuertes y estrepitosos (deseo de la Madre).
77. No interrumpir el discurso de la Madre y de las hermanas.
78. Anotar por las noches todas las faltas.

79. Orden en todas las cosas (deseo de la Madre).
80. Seguir los deseos de la Madre en todo.
81. Cuidar el aseo en la persona.
82. No pedir ni rechazar nada.
83. Comer según las normas de la buena educación.
84. Hacer todo aquello que hace la comunidad.
85. Apresurarse a hacer las tareas más humildes.

Como podemos darnos cuenta, se trata de indicaciones que cubren toda la jornada; algunas muy sencillas en el modo de comportarse en ciertas ocasiones, otras verdaderas máximas de vida espiritual y ascética. Nada escapaba al ojo vigilante de la Madre María Oliva, que quería que sus hijas fuesen las perfectas discípulas de Cristo. También los momentos más íntimos de la jornada son tomados en consideración como parte de una totalidad más grande que encierra toda la existencia.

Decía santa Teresa de Jesús que Dios se encuentra también entre los pucheros. Y así se lo encontró Magdalena: en el modo de comer, en el de peinarse, en el de viajar, en el de hablar, en el de orar. Lo confirma la Madre Fundadora: «Para ella era lo mismo “mandar un beso al Corazón de Jesús antes de entrar en casa” y “cerrar la puerta de la escalera”, “ir a Jesús por María” y “no mirar el plato de las otras en la mesa”, “seguir litúrgicamente la santa Misa” y “correr a las tareas más humildes”. Todo para ella era amor, porque todo era santa obediencia y el amor no admite distinciones de órdenes y de ejecuciones. Por tanto, cuando le dije convencida: “Magdalena, es necesario correr, lo ha dicho el médico”, corrió. Y no sólo “a las tareas más humildes”, sino a la fatiga y a la muerte, ¡pobre hijita mía!».».

OFRECIMIENTO POR LA UNIDAD

Nos encontramos al inicio de 1945. El octavario de oración por la Unidad de la Iglesia (18-25 de enero) fue decisivo en la vida de Magdalena. Las Hijas de la Iglesia vivían la espiritualidad de la unión y el anhelo de la unidad como corazón del carisma. La Madre Bonaldo, sobre las palabras del Evangelio de Juan «Padre Santo, guarda en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros (Jn 17,11)», había construido el edificio espiritual de su Instituto. Sus hijas debían recitar cada día la oración tomada de las letanías de los santos: «Padre, te ruego que sean una sola cosa y para que te dignes traer a la unidad de la Iglesia todos aquellos que están en el error: te rogamos, óyenos».

Del 18 al 25 de enero, en la iglesia de San Julián en Venecia, las novicias se alternaban para los turnos de adoración, con la intención particular de ofrecer y orar por la unidad de los cristianos.

Durante el Octavario, la Madre María Oliva tenía personalmente cada día una lección con las novicias, como ella misma lo narrará: «Entre las ocho novicias, había una licenciada y una maestra que conocían la triste realidad de las iglesias separadas, el movimiento de los protestantes ingleses por la unión y el movimiento de los católicos romanos para el encuentro, pero aún no se conocía la biografía de sor Gabriela, trapense que se sacrificó hasta dar su vida por el retorno de los disidentes, porque se habían interrumpido las comunicaciones con Roma y por lo tanto con el grupo de las estudiantes, que estaba bloqueado allí». A la Madre le preocupaba instruir igualmente a las otras y obtener de todas el máximo de generosidad.

La lección del 18 de enero tuvo una importancia excepcional para Magdalena, porque escuchó de la Fundadora la invitación a ofrecer la vida para acelerar el día de la unión plena.

«Hijitas, vosotras sabéis que no puede surgir una nueva Congregación en la Iglesia sin un fin específico que la distinga de las otras y que justifique su necesidad ó por lo menos su oportunidad. La necesidad de la oración fue proclamada por Jesús mismo y por esto surgieron enseguida las antiguas Órdenes contemplativas. Ellas oran, alternándose ininterrumpidamente, de día y de noche, porque Jesús así nos lo mandó. Pero también ha dado el mandato de predicar y, pasado el primer milenio de la vida de

la Iglesia, la necesidad de una predicación más vasta y minuciosa hizo surgir las grandes Órdenes de los predicadores. A mediados del segundo milenio, Lutero dividió la Iglesia y, después de él, otros la subdividieron en las Iglesias separadas de la única fundada por Jesús. Continuaba sin interrupción la oración, seguía apasionadamente la predicación: ¡pensad en Santa Teresa, pensad en San Francisco Javier! Pero las fracturas de la división se hicieron cada vez más profundas, hasta el siglo pasado cuando viene María, la Mamá, a recordarnos otro mandamiento de Jesús, no menos importante que el de la oración y la predicación: la penitencia, el padecer. Jesús oró al Padre por la unión de su primera Iglesia y, al día siguiente, “se entregó a sí mismo por ella”. Ella, su misterioso Cuerpo, “nació, como cantamos todos los días, de su corazón traspasado”.

Para el regreso y la unión de las Iglesias separadas –prosiguió la Fundadora– es necesario orar con Jesús: *Pater, rogo ut sint unum*; y nosotras inscribiremos su imploración dentro de todos nuestros sagrarios. Pero es preciso, también, sufrir, porque si no llegamos a ser uno, el mundo no creerá. Lo dijo Él: “Padre, que sean uno... para que el mundo crea”. ¡La conversión del mundo a la fe depende de la unión! ¡Es tremenda la urgencia de la “oración” y de la “penitencia” para la unión! Hijitas, nosotras hemos nacido para esto: para ser uno a fin de que el mundo crea y para que sean uno primero los unidos y después los separados. Por esto debemos orar; por esto debemos sufrir, “sobre todo, llevando unas el peso de las otras”, que es el sufrir menos ilusorio y el que más une».

Las novicias escuchaban con atención y profunda participación. En sus rostros se leía la importancia de las palabras que escuchaban de la ferviente voz de la Fundadora, que añadió: «Soportar una palabra dura, sonreír ante un rostro sombrío; compadecer un comportamiento grosero; dejar pasar un desaire, olvidándolo, como enseña la pequeña Teresa; dejarnos quitar incluso lo necesario sin reclamar; dejar que se nos adelanten en nuestras iniciativas; permitir que otros destaquen en los momentos de recreo. Este padecer en cosas pequeñas une más a los unidos, atrae a los separados, obtiene para los incrédulos la fe que es la aportación de la predicación y el don de la unión».

«Magdalena continuó mirándome y sonriendo –continúa la Madre María Oliva– pero fiel a sus propósitos números 41 y 77, no dijo una palabra. Cuando nos hayamos ofrecido a sufrir de este modo por toda la vida –concluí– ofrezcamos también nuestra misma vida...». Ante estas palabras Magdalena se ruborizó. La Fundadora la miró y pensó: «Siempre la había juzgado como buena, generosa, predispuesta por la Gracia a la contemplación, pero todas eran buenas, generosas, ávidas de la oración: su generosidad

se confundía con la de las demás, como condición de vida impuesta a todos por la guerra, facilitada a nosotras por el fervor de los inicios de la Congregación y de los ejemplos heroicos de nuestra Olga de la Madre de Dios, muerta hacía dos años en olor de santidad». Magdalena, fiel a sus obediencias, con la sonrisa en los labios, siempre pronta para ayudar, sin pedir nunca nada a cambio, había quedado hasta el momento en el anonimato, sin hacerse notar, hasta tal punto que la Fundadora la consideraba “naturalmente buena, sin problemas, y quizás también sin grandes aspiraciones”.

Un juicio que más adelante cambiará completamente como la misma Madre Bonaldo explica en su narración: «No tenía nada que pedir, ni siquiera para su espíritu: ni un consejo, ni un libro, ninguna clase de ayuda. Ahora, sus grandes ojos abiertos, de sereno pero imperioso deseo, me la revelaron. Los tengo delante de mí como su auténtica fotografía. Después de la lección, las otras retomaron en silencio sus actividades. Magdalena se quedó en su puesto y apenas me vio sola, se arrodilló muy cerca de mí, toda sonrojada: “Madre –susurró–, ¿me permite ofrecer mi vida a Jesús por la unión de la Iglesia?”. “¿Por qué no? –le respondí–. ¿No lo has entendido? Todas la pueden ofrecer”. Y como si se tratase de la misma cosa, le recomendé arreglar cuanto antes los delantales de las hermanas. Satisfecha, corrió a su trabajo en la ropería, que interrumpió únicamente en la tarde para bajar y subir desde la primera planta el suministro de agua para la comunidad. En la lección de la mañana siguiente y en las sucesivas, la urgencia de la oración y de la penitencia fue confirmada por los nuevos datos históricos que las papeletas de propaganda nos proporcionaban, mientras que para el 25 de enero, último día de la Octava de la Unidad, se preparaba una clausura solemne en San Marcos, en torno a la Nicopeia,⁴ a la que habríamos rezado por la unidad de los hermanos separados, por la caridad de los hermanos unidos y para que la unión que tanto imploró Jesús se realizase también con la pequeñísima contribución de nuestra unión».

Aquella mañana del 25 de enero, resultó que Magdalena no estaba presente entre las novicias preparadas para ir a la Basílica de San Marcos. La Madre María Oliva, entonces, fue a llamarla a su habitación, abrió la cortina que rodeaba el lecho y la vio inmóvil. La joven al ver a la Madre, levantó fatigosamente la cabeza, pero no era capaz de moverla. La Fundadora llamó a las otras jóvenes para ayudarla a levantarse y vestirla.

⁴ El término significa “operadora de victorias”, se trata de un icono bizantino de la Virgen María que llegó a Venecia después de la cuarta cruzada y es objeto de gran devoción.

Magdalena fue llevada inmediatamente donde el Doctor De Marchi para una radiografía. En la oscuridad del laboratorio radiológico, el Doctor mostró a la Madre, a la altura de la quinta vértebra cervical, una mancha oscura de la cual fluía una corriente negra. El diagnóstico fue inapelable: absceso óseo en la quinta vértebra cervical a causa del morbo de Pott. Se trataba de una forma de tuberculosis localizada en los huesos y en particular en las vértebras. De no intervenir, la distancia entre las vértebras se reduciría cada vez más hasta colapsar. Una enfermedad que provoca dolor, paraplejia y otros fenómenos neurológicos. El médico ordenó el ingreso de urgencia en el Hospital del Mar en Venecia.

MARTIRIO DE ESPOSA

A causa de la terrible enfermedad, la vida de Magdalena estaba marcada irremediablemente. De inmediato se informó a la familia, asimismo se informó a la alcaldía de Zero Branco para tener los documentos necesarios para la hospitalización, porque el Instituto todavía no estaba legalmente reconocido.

La Madre María Oliva fue personalmente a hablar con el cardenal Patriarca, directo superior religioso, con el fin de obtener su permiso para hacer una excepción a la norma que preveía el regreso a la familia de una novicia gravemente enferma. Al Patriarca le dijo que Magdalena era para todas una verdadera Hija de la Iglesia; «que ella –como escribió a las hermanas sor María del Divino Amor el 16 de febrero– no se sintió con ánimo de mandarla a casa, a pesar de ser novicia de hacía poco tiempo, porque su generosidad es más preciosa para la obra que todo lo demás».

El traslado para el hospital –el 6 de febrero de 1945– fue un auténtico drama a causa de los bombardeos continuos. La acompañaron la Madre Fundadora y sor Odilla, pero no fue posible llevarla hasta Riva degli Schiavoni y ni siquiera el “vaporetto” para el Lido estaba en servicio. Así que tuvieron que llevarla en una barca para atravesar la Laguna; al llegar al Lido, no encontraron ningún medio de transporte sino un cochecito de caballos por lo que a cada paso la pobre enferma se sobresaltaba. La situación en el hospital era igualmente dura: a causa del racionamiento del carburante no había calefacción; a pesar de que era febrero y las temperaturas estaban extremadamente bajas. Apenas fue ingresada en el “pabellón Friuli” del hospital fue puesta en tracción con los pesos en la cabeza. A comienzos de marzo los médicos decidieron enyesarla completamente.

En una carta del 15 de marzo de 1945, la Fundadora, que seguía con preocupación maternal las condiciones de Magdalena, así les hizo partícipes de la situación a las hermanas: «Está muy grave por el peligro de las complicaciones. El absceso a las vértebras puede producir la parálisis o la meningitis o la tuberculosis pulmonar. Ojalá que Olga nos obtenga el recuperarla, porque es ejemplar y ha sabido y sabe sufrir como verdadera Hija de la Iglesia».

Para secar el yeso con el que la habían envuelto, Magdalena fue expuesta en la terraza del departamento al poco sol que ofrecía la primavera, pero la humedad y el frío

penetraron en su cuerpo y dos semanas después se enfermó de neumonía que se transformó en pleuresía.

Desafortunadamente aquel departamento destinado a las enfermedades óseas no era el más adecuado para curar la pleuresía, que fue avanzando hasta el límite, y sólo después de unos dos meses, se decidió liberarla del yeso, lo cual permitió al morbo de Pott que tomara aún más campo. Anna Micheletto, compañera de pasillo de Magdalena, dio su testimonio así: «Me parece verla todavía, temblaba toda, crujían sus dientes por el frío, estaba al sol para que se le secara el yeso sentada cerca de mi cama y, de vez en cuando se le escapaba un suspiro y decía: “Por ti, Jesús, por las almas, por los hermanos, por la Santa Iglesia”. En aquel periodo de guerra los médicos pasaban poco, el doctor acudía al pabellón una vez al mes. Permaneció así muchos días [casi dos meses]; con la fiebre y la dificultad respiratoria no sabía cómo ponerse, encerrada como estaba en aquella caja de yeso. Pero Magdalena estaba siempre tranquila y sonriente, decía: “el Señor lo permite por el bien de las almas”».

Liberada del yeso, es puesta nuevamente en tracción con pesos desde la cabeza hasta los pies, de manera que sólo podía mover los brazos. Magdalena yacía así, inmóvil, podía hablar pero no estaba en condiciones de mover la cabeza. Se le puso un espejito a la cabecera de la cama, para que pudiese ver cuanto sucedía a su alrededor. El sufrimiento, a un cierto momento, llegó a ser atroz, porque el mal le devoraba progresivamente los nervios, los músculos y los huesos hasta la médula. Jesús había acogido su ofrecimiento y la asoció a su Pasión por la salvación de la humanidad.

En un primer momento, Magdalena fue asistida y confortada por sus familiares y las Hermanas, sólo cuando las condiciones de la guerra lo permitían; pues los inconvenientes para ir al Hospital del Mar eran enormes. Durante el bombardeo del puerto comercial de Venecia, el 23 de marzo, hicieron explotar una nave cargada de municiones. Por esta razón, se redujo aún más la navegación de los “vaporetos” para el Lido, donde se encontraba el hospital. Antonietta Barbiero recordando aquel periodo comentó: «Una mañana, a finales de abril, me mandaron ir a visitar a Magdalena; llegué casi al mediodía, fui corriendo al hospital e inmediatamente tuve que regresar para que la Madre no se preocupara demasiado. Encontré a la hermana llorando por el dolor que le causaban los terribles calambres en sus piernas; estos calambres partían desde las vértebras cervicales. Le quitaron el yeso y lo único que podía hacer eran los movimientos necesarios con cautela. Tuve que irme de prisa porque se hacía tarde y la dejé llorando».

Cuando la Madre María Oliva la visitó y la vio así, le preguntó: «¿Cómo estás, Magdalena? Te das cuenta... Con Jesús no se bromea. ¡Qué misión te ha confiado! ¿Contenta verdad?». «Sí, Madre», respondió ella, y sus ojos se iluminaron con la sonrisa y se llenaron de lágrimas».

También su párroco, Padre Mario Ceccato, la visitó en el hospital y atestiguó: «La encontré tranquila y sonriente. No me comunicó nada de su enfermedad. Estoy convencido de que ella se había conformado completamente a la voluntad de Dios».

La hermana de Magdalena, María Volpato, iba a visitarla cada quince días. He aquí su recuerdo: «Antes de entrar en su habitación lloraba, después intentaba reponerme y cobrar fuerzas. Ella se daba cuenta que había llorado y me decía: “María, ¿has llorado?”. Ella estaba siempre contenta, serena y me decía que “tenía almas para salvar”. Yo la veía siempre mal, cada vez peor. Estaba con ella hasta la tarde, porque no había trolebuses, dado el tiempo de guerra. Estaba satisfecha por la asistencia de las hermanas. Me decía: “Que el Señor me dé la gracia”, pero no sé a qué se refería al decir eso».

En mayo la salud de Magdalena se agravó y la Fundadora, no presagiando nada bueno, le concedió la inmensa alegría de emitir formalmente los votos religiosos.

Inmovilizada en su lecho de dolor, Magdalena hizo la Profesión religiosa en el Instituto de las Hijas de la Iglesia el 18 de mayo de 1945 en las manos de la Madre Fundadora. Aquel fue un día resplandeciente, de pura alegría y de oblación, en el que renovó también el ofrecimiento de su vida por la unidad de la Iglesia con entusiasmo y consagración total.

Sus compañeras de noviciado prepararon cuidadosamente toda la celebración: cubrieron su cama de margaritas para crear un ambiente de fiesta. En el momento de la comunión eucarística, Magdalena llevaba el velo blanco sobre su cabeza. Podemos imaginar su alegría al coronar finalmente el sueño tan esperado: ser para siempre esposa de Jesucristo. La Madre María Oliva se quedó hasta la tarde para acompañarla. También sus otras compañeras se quedaron a hablar con ella. Sor Odilla recordó un *diálogo particular* que tuvo con Magdalena, quien le dijo: «Qué importa que yo viva o que yo muera: ¡soy del Señor!» Y aún más: « ¡Qué Esposo tenemos! Sí, Él quiere sufrir y sufrir. Pero estoy contenta, sí, estoy contenta. A veces quisiera caminar, levantarme, correr, pero Él me tiene aquí».

En el mes de junio aumentaron los dolores y las complicaciones que llevaron a Magdalena a la inmovilidad completa, primero las piernas, después los brazos. En agosto se añadieron las úlceras en la zona de las vértebras sacras, que en otoño ya se habían extendido a toda la espalda. El dolor era insoportable, sin embargo, a Magdalena la sostenía la certeza de que todo su sufrimiento no sería en vano. Un día dijo a una de sus hermanas: «¡Por la Iglesia! ¡El sufrimiento aceptado con amor tiene un inmenso valor para la Santa Iglesia!».

Las hermanas se turnaban en la asistencia con sor Assunta que era enfermera. «Me quedé con Magdalena dos noches y un día –refiere Antonietta–. Estaba feliz y la enfermera me pidió que le pusiera las inyecciones. Me quedé horrorizada al verla: su piel estaba seca como un pergamino, yo sudaba y ella reía: “¿Ya me la pusiste? No la he notado”. Lo decía por delicadeza. ¡Era tan jovial! Aún así, a cada movimiento un poco brusco, ella gemía: “¡oh mis pies!”. Aquellos pies producían miedo, eran monstruosos, con aquellas piernas tan delgadas como las de un niño. Esto era para meditar: “Bienaventurados los pies que anuncian la paz”. Les di masaje mientras le charlaba lo más que podía, así logré prolongar hasta la hora de la morfina casi sesenta minutos. Pero no podía más, estaba con mucho dolor. De inmediato llamé a la enfermera... “Póngale la inyección por caridad”, exclamó. Le puse la segunda inyección; la puse lo más cómoda posible y pudimos reposar. A la mañana siguiente la Madre me telefoneó para preguntarme si podía pasar otra noche porque la hermana Assunta no había encontrado un “vaporetto” para ir. Acepté con gusto. El segundo día lo pasé entre limpieza, curaciones, visitas de los médicos; la noche fue agitada. Cuando apagamos la luz del pasillo, parecía que la habitación estuviese invadida de las formas más extrañas y dolorosas. Magdalena gemía, gemía... “¿qué puedo hacer por ti Magdalena?”. Mientras tanto, yo no me quedaba quieta, estaba siempre girando alrededor de su cama, bien cambiando de posición los pies que tenían que estar quietos, bien cubriéndole un hombro, bien secándole los ojos llenos de lágrimas; de repente, comenzó a reír: “pareces una paloma de las que hay en la Plaza de San Marcos...” y nuevamente comenzó a gemir. A las once de la noche le puse una inyección de morfina y estuve con ella hasta que se quedó tranquila. “He visto un calvario con dos cruces” me dijo cuando se despertó, “eran para la Madre”».

Un día, Angelina obtuvo el permiso de la hermana enfermera para quedarse cuando hacía las curaciones a Magdalena. Era desgarrador: estaba totalmente llastada del cuello a los pies, con las piernas paralizadas.

María de la Inmaculada, después de haber estado en el hospital, regresó a casa trastornada y dijo a la Fundadora: «Madre, si quiere que las hermanas comprendan un poco a Jesús crucificado y aprendan a amarlo, envíelas a hacer las curaciones a Magdalena. Nunca en mi vida había visto una cosa tan espeluznante: ¡nunca he visto un cuerpo que haga pensar más en el Cuerpo de Jesús Crucificado!».

Tampoco le faltaron, ni mucho menos, las humillaciones. Un médico del pabellón la había considerado una pobre histérica que no era capaz de soportar nada.

Un día, una enfermera de la Cruz Roja le hizo las curaciones de manera poco cortés y Magdalena, sintiendo dolor, invocó la ayuda de Jesús y de la Virgen. Entonces la enfermera le llamó la atención diciéndole que se callara. Pero Magdalena le respondió: «¡Pretende impedirme que le pida ayuda a Jesús!».

Otro día, una de las hermanas le dijo que habría sido más edificante pedir almas a Jesús que lamentarse. Magdalena, en ese momento, no le respondió, pero después, tan pronto como se había marchado la novicia, añadió: «Cuando tengo los dolores más agudos, no tengo más fuerza que para decir ¡ay! Lo que pasa es que ya estoy de acuerdo con Jesús que a cada uno de mis lamentos, Él me debe dar un alma».

Assunta de los Ángeles contaba que cuando las novicias iban a visitarla le hablaban de las lecciones que la Madre María Oliva les enseñaba. Una vez le explicaron que el tema había sido la unión con Dios. «Pero ¿en qué consiste esta unión con Dios? – exclamaba—. ¿Es quizá la alegría que siento en medio de tanto dolor, sin tedio, sin cansancio?».

Un día, bromeando, una hermana dijo a Magdalena: «Quizá no pensabas que Él fuese así... astuto, pensabas bromear... pero ¡Él ha tomado tu palabra en serio!». Magdalena en tono jocoso y sonriendo respondió: «Pero yo no me arrepiento, sabes, estoy contenta. Me basta que me dé fuerzas».

Otro día, una compañera de noviciado le preguntó por qué se encontraba allí y ella, francamente le respondió: «Le dije una palabra en broma a Jesús e inmediatamente Él la tomó en serio, pero no me arrepiento».

“UT UNUM SINT”

Cristo llama a todos sus discípulos a la unidad, pero para alcanzarla se requiere oración constante y sacrificio.

Magdalena tenía siempre presente la oración de Jesús al Padre antes de su Pasión con la urgente y angustiada invocación: «Que sean una sola cosa, para que el mundo crea que me has enviado». Estas palabras de Jesucristo se habían convertido para ella en el significado profundo de su vivir en el Instituto de las Hijas de la Iglesia, según el Carisma y la enseñanza de la Madre María Oliva.

En sus catequesis el Papa Benedicto XVI exhorta a todos a entrar en el deseo supremo de Jesucristo: «Cuatro veces en esta oración sacerdotal, el Señor pide que sus discípulos sean “una sola cosa”, según la imagen de la unidad entre el Padre y el Hijo. Se trata de una unidad que puede crecer solamente siguiendo el ejemplo de donación del Hijo al Padre, es decir, saliendo de sí mismo y uniéndose a Jesucristo. Dos veces, además, en esta oración, Jesús añade como objetivo de esta unidad: “para que el mundo crea”. La unidad plena es por tanto inherente a la vida y a la misión de la Iglesia en el mundo. Ella debe vivir la unidad que sólo puede venir de la unidad con Jesucristo, con su trascendencia como signo de que Cristo es la verdad. Esta es nuestra responsabilidad: que sea visible en el mundo el don de una unidad en virtud de la cual se hace creíble nuestra fe».

Y el Papa concluye evidenciando la importancia de que «cada comunidad cristiana tome conciencia de la urgencia de trabajar de todas las maneras posibles para llegar a este gran objetivo, pero sabiendo que la unidad es ante todo “don” del Señor; por eso es necesario al mismo tiempo implorarla con incansable y confiada oración. Sólo saliendo de nosotros y yendo hacia Jesucristo, sólo desde la relación con Él podemos llegar a estar realmente unidos entre nosotros» (*Audiencia general*, 21 de enero de 2009).

En su sencillez Magdalena había entendido que la oración es el fundamento de todo esfuerzo y sacrificio para favorecer la unidad de los cristianos. Por eso la oración se convierte en su esencia profunda: no sólo le dedicaba una buena parte del tiempo durante la jornada, sino que todo su ser se convirtió en oración incesante. Sobre aquel lecho de dolor, su vida misma llegó a ser súplica que subía en todo momento al trono de Dios. Su manera de orar se caracterizaba por el silencio, la discreción... Esta fue su

preciosa contribución a la causa del ecumenismo. Viene a la mente la comparación con Santa Teresa de Lisieux que ofrecía sus sacrificios y sus oraciones por los misioneros que anuncian el Evangelio a los pueblos lejanos. No vio nunca los frutos de su ofrecimiento pero, a pesar de ser monja de clausura, Pío XI la proclamó patrona de las misiones. Es el misterio del Cuerpo Místico de Cristo, por el cual cada miembro, por pequeño que sea, contribuye a la totalidad de un admirable intercambio de gracias.

El beato Juan Pablo II en su encíclica *Ut unum sint* (25 de mayo de 1995) evidencia la importancia fundamental de la oración en el camino hacia la unidad: «El compromiso ecuménico debe fundarse sobre la conversión de los corazones y sobre la oración, los cuales inducirán incluso a la necesaria purificación de la memoria histórica. Con la gracia del Espíritu Santo, los discípulos del Señor, animados por el amor, por la valentía de la verdad y de la voluntad sincera de perdonarse recíprocamente y de reconciliarse, están llamados a reflexionar juntos su doloroso pasado y aquellas heridas que desafortunadamente hoy continúan provocando sufrimiento. Están invitados por la fuerza siempre joven del Evangelio a reconocer juntos con sincera y total objetividad los errores cometidos y los factores circunstanciales que intervinieron tras sus lamentables separaciones».

De estos conceptos no se hablaba en los tiempos de Magdalena, pero un punto fundamental sí estaba bien claro: oración y sacrificio eran necesarios para que el Señor adelantase el momento esperado de la plena comunión entre los cristianos. Magdalena había impreso esto en su mente y actuó en consecuencia. Sin conversión y unión con Dios no se alcanza el objetivo de la unión entre los hermanos separados. Las palabras de Juan Pablo II lo confirman, cuando en la misma encíclica enseña que en la conversión del corazón y en la santidad de la vida, junto con las oraciones privadas y públicas por la unidad de los cristianos, «está el alma de todo el movimiento ecuménico»; éstas «justamente se pueden llamar ecumenismo espiritual».

También el Santo Padre Benedicto XVI subraya la importancia de la oración en el camino ecuménico: «El camino hacia la unidad visible entre todos los cristianos reside en la oración, porque fundamentalmente la unidad no “la construimos” nosotros, sino que “la construye” Dios, viene de Él, del Misterio Trinitario, de la unidad del Padre con el Hijo en el diálogo de amor que es el Espíritu Santo; y nuestro compromiso ecuménico debe abrirse a la acción divina, debe ser invocación cotidiana de la ayuda de Dios» (*Audiencia general*, 19 de enero de 2011).

Si la oración es el alma de los esfuerzos para lograr la unidad, el amor es el corazón que alimenta la tensión ecuménica. Amando a los otros, aumenta la comunión y se acrecienta el deseo de perfección. Una vez más las palabras de Juan Pablo II en la encíclica *Ut unum sint* son elocuentes a este respecto: «El amor se dirige a Dios cual fuente perfecta de comunión –la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo– para sacar la fuerza de suscitar la comunión entre las personas y las comunidades o de restablecerla entre los cristianos aún divididos. El amor es la corriente profundísima que da vida e infunde vigor al proceso hacia la unidad».

Magdalena había comprendido bien que el amor a Dios y a los hermanos induce a la conversión de los corazones, necesaria para alcanzar la plena comunión. Un amor que en su manera de entender y vivir aquello que hoy llamamos “ecumenismo” se expresaba, desde siempre, en lo concreto de las relaciones cotidianas, comenzando por los que están más cerca, por los que vivían a su lado.

La misma Madre Fundadora insistía mucho en que primero era la unión entre los unidos y luego la de los separados. Magdalena fue coherente a este estilo de vida con una fina atención incluso en el sufrimiento extremo a causa de la enfermedad, como recuerdan amigas, pacientes del hospital y hermanas.

«Estuvimos junto a su cama diez minutos. Apenas le habían hecho las curaciones, tenía los ojos cerrados y llenos de lágrimas, pero no se lamentaba. Cuando los abrió, nos vio y nos sonrió. Estaba contenta de vernos. Su gentileza era tal que quiso que al salir nosotras, nos desinfectáramos las manos».

«Durante las medicaciones no se podía pasar por delante de su habitación porque no se podía respirar a causa del mal olor, y las enfermeras, apenas salían, inmediatamente se desinfectaban. Magdalena entendía en qué condiciones se encontraba y sufría por lo que tenían que pasar las hermanas que debían estar cerca de ella para cuidarla».

«Me mandó a hacer el pesebre con las jóvenes hospitalizadas de la sala, diciéndome: “Ve, que ellas no saben...”. A pesar de que me necesitaba continuamente, se privó de mi presencia para que asistiese a un moribundo».

EN EL MES DE MARÍA

En la fiesta de la Epifanía de 1946, Magdalena tuvo una grave crisis, hasta tal punto que pensaron que moriría. Llamaron al sacerdote, que le administró el Sacramento de la Unción de los enfermos. Su hermana María Volpato recuerda: «El día de la Epifanía del mismo año que murió, fui al hospital a visitarla, y ella me dijo: “¿María, has llorado?”. Yo, por delicadeza, respondí que no, pero mi respuesta no correspondía a la verdad. Ella añadió: “¿Sabes? Hoy me han administrado los Santos Óleos, pero no moriré ahora, moriré en el mes de mayo, el mes de la Virgen”».

La semana del 17 al 25 de enero fue particularmente crítica: exactamente coincidió con la época en que Magdalena había hecho la ofrenda de su vida el año precedente; la historia clínica señala «condiciones generales gravísimas» con «dolores articulares violentos».

En los últimos tiempos, la Madre María Oliva la confió, casi por completo, a los cuidados de sor Assunta, que afirma: «Dos meses antes de morir, la Superiora del Hospital le dijo: “Valor, Magdalena, todavía un poquito más y dejarás de sufrir”. La Sierva de Dios por esto no se desconcertó, más bien manifestó su alegría porque así podía prepararse para este gran paso. Yo le había preguntado una vez: “¿Cuándo te gustaría morir? –ella me respondió: “en el mes de mayo”–. Hubiese deseado comulgar cada día pero en aquel ambiente no era posible; por lo que hacía muchas comuniones espirituales. Era muy devota de la Virgen a quien honoraba con el rezo del Santo Rosario e intentaba recitarlo en los momentos en los que los dolores la atormentaban menos. Decía que no habría soportado el dolor si el Señor no la hubiese ayudado. No me pidió nunca que le pusiera la inyección para calmar el dolor, se la ponía por orden de la hermana jefe del pabellón o del doctor».

También, sor María Maggesti, a quien llamaron para sustituir a sor Assunta algunos días, recuerda: «Ella era totalmente una llaga... las lágrimas le corrían por las mejillas por los dolores atroces. Un día me dijo: “Me siento contenta de todo lo que quiere el Señor”. Añadió que si estaba mal no era por culpa suya o por haber escondido lo mal que se sentía, temiendo que la enviaran a casa; el Señor lo permitía ya que ella había comunicado a la superiora en seguida el mal que sentía. Por lo tanto estaba contenta de todo aquello que el Señor había permitido y moría tranquila. Siempre tenía su rostro sereno como lo tuvo de niña, y aunque no podía hacerse la señal de la cruz, pedía al

Señor que le diese la fuerza de soportar el mal y de hacer su santa voluntad hasta el final. No sólo me lo dijo, sino que pidió que en mis oraciones lo tuviera en cuenta para obtener esta gracia del Señor».

«Durante la procesión del Viernes Santo –recuerda sor Assunta– deseaba unirse a los cantos, pero la gravedad de sus dolores no se lo permitían. Puesto que ya llevaba varias horas gimiendo, sin que ella se diera cuenta, fui donde se encontraba la hermana jefe del pabellón, que me dijo de ponerle inmediatamente la inyección; así tuvo la alegría de ver realizado su deseo. No la había visto nunca tan radiante y rebosante de alegría. Al terminar, le comenté acerca de una persona que ofendía al Señor. Al momento, ofreció sus dolores y de inmediato le retornaron agudamente».

A primeros de mayo, su cuerpo marcado por vastas llagas, se iba desfigurando. Se había reducido como el Hombre de dolores, ante el cual se oculta el rostro (cfr. Is 53,3).

La mañana del 25 de mayo de 1946, Magdalena se despertó de improviso y dijo a sor Assunta que avisase a su madre y a la Madre María Oliva: sentía que el fin era inminente y que si no llegaban pronto no la encontrarían con vida. La hermana hizo cuanto le había pedido Magdalena y cuando regresó junto a ella, la encontró desfallecida. Estaba luchando interiormente porque experimentaba la tentación contra la fe y la esperanza. Pidió entonces de unirse al rezo del *Ave María* y recobró la paz.

La noche del 25 al 26 de mayo, sor María Gaidoni la pasó cuidando a Magdalena, como describió años más tarde: «Recuerdo aquella noche como algo angustioso, de gritos dolorosos, de súplicas: “¡Jesús mío, Jesús mío, Virgencita mía!”. Nunca un lamento, una leve insinuación de impaciencia, ni un “no puedo más”, algo inherente a nuestra pobre fragilidad. Una gracia potente debía sostenerla para ayudarla a aceptar hasta el dolorosísimo holocausto final de la ofrenda de sí misma. Después de los ineficaces remedios de la cocaína y de otros calmantes que pedimos a la hermana enfermera de turno, Assunta y yo no pudimos hacer nada más que llorar ante la laceración heroica de nuestra querida hermana».

Al día siguiente, domingo 26 de mayo, el Padre Capellán del hospital le administró los sacramentos. Monseñor Gioachino Scattolon estuvo una hora a su lado rezando las oraciones para encomendar su alma a Dios.

En torno a la agonizante se reunieron las religiosas y los pacientes del hospital: le decían a Magdalena que se acordara de ellos cuando llegase al Paraíso. Transcurrió las últimas veinticuatro horas en coma y a las cero horas y quince minutos del 28 de mayo, entregó su alma a Dios. ¡Todo se había cumplido! Monseñor Scattolon definió aquellos

quince meses y veinte días de hospitalización de Magdalena como una «crucifixión, soportada ejemplarmente con serenidad, como verdadera Hija de la Iglesia».

La Madre María Oliva deseaba estar al lado de su hija en el momento de la muerte, pero no logró llegar a tiempo de Roma donde había ido para obedecer al Patriarca, sólo pudo llegar a Venecia a primeras horas del día 28. «La vi inmediatamente después – escribe– en la morgue con la cara aún inflamada por el dolor, “ya sin belleza ni esplendor” como su Jesús».

Muchos enfermos, médicos y enfermeras, apenas se supo la noticia de la muerte de Magdalena, pidieron a las religiosas del pabellón que les permitiesen pasar los rosarios u otros objetos sobre su cuerpo, porque decían: «Ha muerto una santa».

El cuerpo yacente de Magdalena revestido con el hábito blanco de las Hijas de la Iglesia fue puesto en una caja pobrísima de madera, expuesta en la noche al aire abierto por el mal olor que expelía.

Las exequias se celebraron el 29 de mayo en la capilla del hospital. Estaban presentes unas treinta hermanas, los familiares y conocidos de su pueblo, algunos de los enfermos y las religiosas del hospital. Fue sepultada en el cementerio del Lido de Venecia. Sor María Gaidoni da su testimonio: «La impresión de las hermanas y la mía fue: más que estar llevando a una muerta llevábamos a una viva, más viva que nosotras». Mientras que en las cuatro esquinas de la tumba se colocaban lirios blancos, la Madre María Oliva entonó el canto mariano *iré a verla algún día...*

EN OLOR DE SANTIDAD

El ejemplo y la historia de Magdalena quedaron grabados en la memoria de cuantos la habían conocido. En el hospital donde murió su recuerdo estaba siempre vivo, tanto que cuando alguien entraba en su habitación le explicaban que allí había muerto una santa. Los familiares y las hermanas iban al cementerio del Lido de Venecia a pesar de que era difícil llegar hasta allí. En el Instituto, que el 21 de abril de 1946 había recibido el decreto de aprobación canónica por parte del Cardenal Patriarca Piazza, el recuerdo de Magdalena se mantuvo vivo cada año, especialmente durante la Semana de oración por la unidad de los cristianos, cuando la Madre Fundadora, las hermanas formadoras y las hermanas que habían vivido con ella, narraban algunos episodios de su vida.

La Madre María Oliva quiso que la vida de Magdalena fuese particularmente dada a conocer por las maestras de las diferentes categorías de formación a las jóvenes que entraban al Instituto.

En 1957, la Madre María Oliva, habló de Magdalena y de su ofrecimiento: «El 18 de enero, primer día de la Octava de oración por la unidad de las Iglesias separadas, después de la lección en común, pidió ofrecer su vida como lo hizo la trapense sor María Gabriela. –Todas las Hijas de la Iglesia pueden hacerlo, fue la respuesta sin darle ninguna importancia. El 25 de enero, último día de la Octava, tocó llevar a la novicia – dos meses antes declarada vigorosa por los médicos– a hacer radiografías porque no podía mantener erguida la cabeza. La respuesta fue como un rayo: Pott en la tercera vértebra cervical. Murió en mayo del año siguiente en el Hospital del Mar en Venecia, después de haber emitido, dichosa, los votos religiosos. Su cuerpo daba pavor durante las medicaciones; sus gemidos de corderito hacían pensar en Jesús paciente bajo los golpes de la flagelación».

El 10 de mayo de 1958, los restos mortales de Magdalena fueron exhumados en el cementerio de Lido de Venecia y trasladados al cementerio de Mestre, en la tumba de la familia Nogarin, acogidos por las aspirantes de la casa *Mater Christi* con cantos y lanzamiento de flores. La exhumación fue a la vez una ocasión para redescubrir su vida y su inmoción a Dios.

Por varios lados se empezó a escuchar la necesidad de una breve biografía de Magdalena; así la Madre María Oliva, durante su estancia en Lourdes en diciembre de

1958, mientras abría una casa del Instituto allí, escribió un pequeño volumen con el título de *Magdalena*, tomando algunos testimonios dejados por las hermanas; y sus “obediencias” escritas en un bloc de notas.

Por una feliz coincidencia, la publicación de la breve biografía vio la luz en enero de 1959, coincidiendo con el primer anuncio del Concilio Vaticano II (25 de enero de 1959) en el que la unidad de los cristianos estaba entre los principales temas a tratar. El librito fue enviado al papa Juan XXIII; poco después, la Secretaría de Estado expresó su satisfacción a la autora: «Nos complace que la joven Institución tenga ya pía dosos modelos de ejemplos a seguir». El Opúsculo tuvo una larga difusión: fue reimpresso muchas veces en miles de copias y traducido y publicado también en lengua española y alemana. En particular, se utilizó para la formación de las jóvenes.

La Madre María Oliva quería que la imagen de Magdalena fuese presentada a las nuevas vocaciones como una Hija de la Iglesia que «sabía sufrir». Escribe la Madre: «Tenía la única ciencia solicitada por la Congregación. Cada año, recordándolo a las novicias, me proponía escribir algo acerca de ella para nuestra historia, pero el ímpetu me llegó sólo este año por la obediencia y por una llamada telefónica del Padre Lorenzetti, el conocido apóstol de Radio Vaticana, que habló con ardor enternecedor en la última Octava de la unidad, 18-25 de enero de 1958. ¿Cómo, otra hermana por los hermanos separados? Está bien que se escriba; está bien que la historia de su vida se difunda».

En los años sucesivos la fama de santidad se difundió cada vez más, incluso entre los fieles y el clero, allá donde las Hijas de la Iglesia fundaron nuevas casas: en España, Bolivia, Colombia, Brasil y en los Estados Unidos de América.

En la primavera de 1967, el Cardenal Arcadio María Larraona, Prefecto de la Congregación de los Ritos, solicitó la apertura del proceso de canonización de Magdalena. Al dar la noticia a toda la Congregación, con una carta circular del 11 de octubre de 1967, la Madre María Oliva escribió: «El Espíritu Santo, para recordarnos que nuestra vocación, que es cumplir lo que falta al sacrificio incruento de la Víctima Gloriosa que sobre nuestros altares no puede ya padecer ni morir, hizo florecer en la Iglesia a Magdalena, flor cerrada por veinte años».

El 22 de mayo de 1968, el Cardenal Patriarca Giovanni Urbani abrió el proceso informativo en Venecia, siendo cerrado el 6 de julio de 1970 por su sucesor el Patriarca Arzobispo Albino Luciani, –todavía no era cardenal– que en aquella ocasión dijo que se complacía por «el surgir de almas sencillas, de almas generosas como Magdalena,

destinadas a hacer el bien en la Iglesia». Durante el proceso se escucharon 33 testimonios que habían conocido directamente a Magdalena, entre ellos, los dos hermanos vivos y las cuatro hermanas, el párroco de San Alberto Padre Mario Ceccato, cinco amigas y compañeras de apostolado, la Madre María Oliva y 17 Hijas de la Iglesia, una de las religiosas enfermeras y dos pacientes del Hospital del Mar.

El 14 de noviembre de 1972, tras una segunda exhumación, los restos mortales de la Sierva de Dios fueron trasladados del cementerio de Mestre al cementerio de San Alberto de Zero Branco y enterrados definitivamente en la tumba de sus familiares, con alegría y gran participación de sus paisanos; aquel acontecimiento parecía como si se tratase del regreso de Magdalena entre ellos. Se despertó entonces en su pueblo natal la devoción hacia esta Hija de la Iglesia. Su tumba se convirtió en objeto de visitas continuas de los fieles que le rezan y se encomiendan a su intercesión.

El afecto de sus conciudadanos hacia ella se manifestó en particular en dos ocasiones. En 1978 el párroco Padre Umberto Bortolato, durante la restauración de la iglesia, hizo representar sobre un arco del presbiterio a Magdalena en su condición de catequista, al lado de San Pío X y del Siervo de Dios Andrea Giacinto Longhin, arzobispo de Treviso (beatificado en 2002). De manera similar, en 1982, el decorador Eliseo Alessandrini en el Capitel de la calle Corniani pintó a la Virgen María y a sus pies en actitud de oración a Magdalena Volpato.

En San Alberto, cada año, el aniversario de la muerte de Magdalena se celebraba con solemnidad. También era un motivo para visitar su tumba y para recordar su persona y su testimonio. Aquel día los fieles y las Hijas de la Iglesia llegaban no sólo de las casas del Veneto sino también de Milán, Bolonia y Roma. Después de la clausura del proceso diocesano, de diferentes lugares se advirtió la necesidad de publicar una revista que hablase de Magdalena. Por algunos años, la Postulación publicó, con ocasión de la Semana de oración por la unidad de los cristianos, un folleto informativo con el título *Magdalena para los hermanos*. Desde 1980 se unificó con la revista cuatrimestral *Hijas de la iglesia/Boletín de la Postulación*, la revista oficial del Instituto, donde en el primer número del año se le daba amplio espacio a Magdalena.

En 1996, al cumplirse los cincuenta años de su muerte, las Hijas de la Iglesia lo celebraron con viva participación, gracias también a las enseñanzas que el Beato Juan Pablo II había ofrecido en su Encíclica *Ut unum sint* (1995). Se promovieron entonces diversas iniciativas: en la tradicional peregrinación a San Alberto, participaron la Superiora General, las hermanas que conocieron a Magdalena y festejaron el

cincuentenario de su profesión religiosa, y las Hijas de la Iglesia delegadas de las diferentes comunidades del mundo. Se publicó la segunda edición de la biografía de Magdalena, con la presentación de Monseñor Paolo Magnani, obispo de Treviso, editándose también un número especial del *Boletín de la Postulación* que contenía numerosos testimonios. En varias ocasiones se proyectó un documental sobre la vida de Magdalena, realizado para con ocasión del cincuentenario.

Para la renovación de los votos religiosos que en aquella circunstancia hicieron las Hijas de la Iglesia en la Parroquia de San Alberto, llegó al párroco Padre Bortolato un mensaje firmado por el Cardenal Angelo Sodano, entonces Secretario de Estado, en el cual Juan Pablo II «exhorta a tomar como ejemplo la generosa donación de la propia vida ofrecida por la Sierva de Dios por la unidad de la Iglesia, invita a intensificar oraciones e iniciativas para que los creyentes en Cristo sean una sola cosa en el Señor e imparte la bendición apostólica extensiva a la comunidad religiosa, sacerdotes y fieles todos de San Alberto».

Las Hijas de la Iglesia promueven también la difusión de la vida de Magdalena en los Centros Eucarísticos que ellas tutelan, particularmente el Centro Ecuménico-Mariano de Roma, fundado en 1969 por la Madre María Oliva en la Iglesia de Santa María en Via Lata.

En 2008, los “Hijos de la Iglesia”, una asociación laical que se inspira en el carisma de las Hijas de la Iglesia, promovieron un congreso internacional sobre la figura y espiritualidad de la Sierva de Dios.

Dada la duradera fama de santidad de Magdalena y de las gracias recibidas de muchos fieles que la invocaban con confianza, el Patriarca de Venecia, Cardenal Angelo Scola, en la vigilia de la Semana mundial de oración por la unidad de los cristianos del 18-25 de enero de 2009, inició la investigación complementaria sobre la vida, las virtudes y la fama de santidad de la Sierva de Dios. Este segundo proceso para la beatificación se desarrolló en la sede principal de Venecia y en la sede rogatoria de la diócesis de Porto-Santa Rufina (Roma): se escucharon a 76 testigos, 28 de los cuales la habían conocido personalmente.

El 12 de junio de 2010, se celebró en Treviso la solemne clausura pública del Proceso, presidida por el arzobispo Gianfranco Agostino Gardin, delegado del Patriarca de Venecia.

La fama de Santidad de Magdalena continúa difundiéndose no sólo donde están presentes las casas del Instituto, sino también en otros países. Varios sacerdotes,

religiosos, miembros de asociaciones laicales y grupos ecuménicos la tienen como referencia para su vida espiritual y la reconocen cual auténtica discípula de Cristo que, obediente al Padre, ora y se ofrece a sí misma para que «todos sean uno».

Cronología

1918

- 24 de julio Magdalena Volpato nace en San Alberto de Zero Branco (Treviso), novena hija de Francisco y Teresa Gobbo.
- 28 de julio Es bautizada en la parroquia de San Alberto con los nombres de Magdalena Rosa.

1924

- 19 de junio Recibe por primera vez la Eucaristía.

1924-1927

Estudia en su pueblo los tres primeros grados de primaria.

1925

- 2 de agosto Recibe el sacramento de la Confirmación por el Obispo de Treviso, el beato Andrea Giacinto Longhin.

1930

Celebra solemnemente su Primera Comunión. Ingresa a las Hijas de María y en la Acción Católica como aspirante; llega a ser asistente catequista y en seguida catequista.

1933-1936

Vive y trabaja en el Instituto Zalivani de Treviso como aspirante de las religiosas Dominicanas Enfermeras y maestras de Santa Catalina de Siena.

1937

- 7 de junio Entra al postulantado de las religiosas Carmelitas de Santa Teresa de Jesús, en Florencia.
- 19 de septiembre Sale de la comunidad de las Carmelitas porque está enferma de poliserositis.

1937-1943

Es atendida por su familia y reprende el apostolado en la parroquia.

1941

- 23 de abril En Treviso toma el hábito de la Tercera Orden Carmelita.

1942

- 20 de mayo En Treviso hace la profesión en la Tercera Orden Carmelita.

1943

- 23 de octubre Ingresa al Instituto de las Hijas de la Iglesia en Treviso, acogida por la Fundadora, Madre María Oliva Bonaldo.

1944

- 30 de mayo Inicia el noviciado.
- 1 de julio Con la comunidad del noviciado se traslada a Venecia donde las Damas del Sagrado Corazón (Edificio Savorgnan)
- Noviembre Sus condiciones de salud empeoran pero el médico no encuentra ninguna enfermedad.

1945

- 18 de enero Después de la lección de la Madre Fundadora sobre la necesidad de orar y de sacrificarse por la unidad de los

cristianos, pide el permiso para ofrecer su propia vida por esta intención.

25 de enero Es sometida a radiografías, éstas evidencian el estado avanzado de la tuberculosis ósea (morbo di Pott)

6 de febrero Es ingresada en el Hospital del Mar del Lido en Venecia.

18 de mayo Emite los votos de la profesión religiosa y renueva la ofrenda de su vida por la unidad de los cristianos.

1946

6 de enero Recibe por primera vez el Sacramento de la Unción de los enfermos.

28 de mayo Muere en el Hospital del Mar del Lido en Venecia, a las 0,15 horas.

29 de mayo Se celebran las exequias y es sepultada en el cementerio del Lido en Venecia.

1958

10 de mayo Sus despojos mortales son exhumados y trasladados al cementerio de Mestre.

1968

22 de mayo El Patriarca Cardenal Giovanni Urbani abre en Venecia el Proceso ordinario diocesano para su beatificación.

1970

6 de julio El Patriarca Arzobispo Albino Luciani cierra en Venecia el Proceso ordinario diocesano.

1972

14 de noviembre Segunda exhumación y traslado de los despojos mortales a la tumba de la familia en el cementerio de San Alberto de Zero Branco.

2009

16 de enero El Patriarca Cardenal Angelo Scola inicia en Venecia la investigación diocesana complementaria sobre la vida, virtudes y fama de santidad de la Sierva de Dios.

2010

12 de junio Solemne clausura pública de la investigación complementaria en Treviso presidida por el Arzobispo Gianfranco Agostino Gardin, delegado del Patriarca de Venecia.

15 de junio El Patriarca Cardenal Angelo Scola cierra en Venecia la fase diocesana de la Causa de Beatificación y canonización, y envía a Roma las Actas Procesales.

30 de junio Entrega de las Actas Procesales a la Congregación de las Causas de los Santos.

12 de noviembre Apertura de las Actas Procesales e inicio de la fase romana de la Causa.

ORACIÓN

Para la glorificación de la Sierva de Dios

Oh Santísima Trinidad,
que has concedido a Magdalena, tu sierva fiel,
la gracia especial de ofrecer su joven vida
por la unidad de los cristianos,

concédenos crecer siempre en el amor a Ti
y a nuestros hermanos,
y por su intercesión
otórganos las gracias que confiadamente te imploramos.

Padre Nuestro, Ave María, Gloria...

Si alguien recibe alguna gracia por intercesión de la Sierva de Dios, Magdalena Volpato de Santa Teresa del Niño Jesús, Hija de la Iglesia, le rogamos encarecidamente de comunicarlo a la postulación de la causa, en la siguiente dirección:

Viale Vaticano, 62-00165 Roma

e-mail: postulazionegenerale@figliedellachiesa.org

Traducción realizada por: **Hna. Esmeralda Avendaño**

Revisada por: **Javier Vives**

(Contraportada)

En la época en la que vivió Magdalena Volpato (1918-1946) el movimiento ecuménico daba sus primeros pasos; la importancia de la comunión entre las Iglesias hermanas y hermanos separados no se nutría de sensibilidad y convicciones largamente difundidas. Magdalena fue una pionera en ello: aceptó la Cruz y la abrazó sin vacilar con la esperanza de que al Señor le agradase aquella oferta y la tuviese en cuenta para convertir los corazones de aquellos que se reconocen como sus discípulos.

De las llagas del cuerpo de Magdalena, Jesús tomó el aceite para sanar las laceraciones de su Cuerpo Místico. El atroz sufrimiento que se prolongó en los últimos quince meses de la vida de Magdalena, el lento e inexorable avance de la tuberculosis ósea, fueron como el perfume de incienso que subía a Dios para implorar la gracia de la unidad de los cristianos.